7961

OBRAS MODERNAS EDUCATIVAS

LA OLA GIGANTE

DRAMA SOCIAL EN SEIS ACTOS DIVIDIDOS
EN CATORCE CUADROS

ORIGINAL DE

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1912

8

LA OLA GIGANTE

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

OBRAS MODERNAS EDUCATIVAS

LA OLA GIGANTE

DRAMA SOCIAL EN SEIS ACTOS DIVIDIDOS
EN CATORCE CUADROS

ORIGINAL DE

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

Estrenado con éxito extraordinario
en el TEATRO APOLO de Barcelona en Febrero
de 1912



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1912

PERSONAJES

Teresa	Sra.	PUJOL
La señora Antonia	Srta.	PLASENCIA
La duquesa de Bella Mar	Sra.	GUITART
Doña Rufina	»	GASÓ
Coupletista	Srta.	CERVANTES
El Padre Lorenzo, (de la Compañía de Jesús).	Sr.	ROJAS
Juan Miguel, (obrero)	»	PERELLÓ
El duque de Bella Mar	»	SIERRA
Enrique	»	STREMPS
El Padre Flaminio, (jesuíta)	»	DELGR
El Padre Agustín, (Id.)	»	GUIVERNATO
El Padre Mendoza, (Id.)	»	GUILLEMANI
El Padre Leocadio, (Id.).	»	VIÑALS
Obrero I	»	CASANOVA
Obrero II.	»	CRESPO
Hermano Jesuita.	»	SÁNCHIZ
Don Felipe, (empresario del «Concierto Azul»).	»	CARNICERO
Un ujier	»	CRESPO

Obreros, jesuítas, Music-Hall, público

ÉPOCA ACTUAL



ACTO PRIMERO

CUADRO I

Interior de un gabinete-capilla en el Colegio de Jesuítas. Al foro la capilla con un crucifijo de grandes dimensiones alumbrado por una lámpara de bronce que pende del techo. A la izquierda (la del actor) una mesa escritorio.

ESCENA I

Aparecen el Padre LORENZO y el Padre AGUSTIN

P. LORENZO Antes de entrar en el fondo de la cuestión, preséntame a los padres dignatarios de la Orden. No les hagamos esperar.

P. AGUSTIN (Haciendo sonar un timbre. Aparece por la derecha un hermano Jesuíta.)

JESUITA Mande.

P. AGUSTIN Que entren los padres.

JESUITA Al punto.

(Vase el Jesuíta por la derecha.)

ESCENA II

Aparecen por la derecha los Padres MENDOZA, FLAMINIO y LEOCADIO

P. FLAMINIO Estamos a sus órdenes, Reverendo Padre.

P. AGUSTIN Les he llamado para decirles que desde hoy rendirán completa sumisión y acata-

612207

miento al Reverendísimo Padre Lorenzo, quien se halla presente y ha venido de Roma delegado por el General de la Orden. Tal es el mandato que he recibido.

P. MENDOZA Está bién.

P. FLAMINIO Será rigurosamente obedecido el Padre Lorenzo.

P. LEOCADIO Sin restricciones de ningún género.

P. LORENZO Mi autoridad ha de serles muy grata, a lo que presumo.

P. AGUSTIN (Haciendo las debidas presentaciones.) El Padre Mendoza, autor de varias obras de matemáticas.

P. LORENZO No me son desconocidas las obras del Padre Mendoza. Es de alabar en ellas el método claro y preciso. Celebro la ocasión que me permite poderle felicitar personalmente.

P. MENDOZA Muchas gracias, Reverendísimo Padre.

P. AGUSTIN El Padre Leocadio, segundo dignatario de la Orden.

P. LORENZO Me place mucho.

P. LEOCADIO Me consideraré dichoso conque pueda mi persona servirle de alguna utilidad.

P. AGUSTIN El Padre Flaminio...

P. LORENZO Notabilísimo orador sagrado... No me es desconocido.

P. AGUSTIN Y padre espiritual de las más linajudas y distinguidas señoras...

P. LORENZO Lo primero me satisface más que lo segundo. Fuera padre espiritual de las más pobres y desgraciadas y esto me hubiera agradado en extremo.

P. FLAMINIO Lo siento mucho, Reverendísimo Padre.

P. LORENZO Ya trataremos de este caso y de otros análogos con mayor detenimiento. Luego les llamaré á Capítulo.

P. AGUSTIN Pueden retirarse.

P. MENDOZA Con su permiso.

P. LORENZO Vayan con Dios.

(Vanse los Padres Mendoza, Leocadio y Flaminio por la derecha.)

ESCENA III

Padre LORENZO y Padre AGUSTIN

P. LORENZO (Sentándose en la mesa escritorio.) Aquí, *tête a-tête*, como dicen los franceses...

P. AGUSTIN (Tomando asiento frente al que ocupa el Padre Lorenzo, quedando intermediada la mesa entre ambos.) Siga el tema interrumpido.

P. LORENZO Vuelvo a mi pregunta. ¿Por qué la Compañía de Jesús no se hace amar del Pueblo?

P. AGUSTIN El Pueblo odia a los Jesuítas, del mismo modo que odia todos los principios sanos de la Religión. Gentes de baja ralea, enemigos declarados de la Sociedad.

P. LORENZO Emplea V. el patrón de las frases ya hechas. Ese mismo Pueblo que le inspira a V. tan profundo desdén, era el Pueblo amado de Jesús... (Pausa.) ¿No le inspiran temor alguno sus iras?

P. AGUSTIN No, señor. Hemos blindado las puertas. Se ha convertido el edificio donde habitamos en una fortaleza. Además cada Padre Jesuíta está dotado de un fusil Maüser y de todas las municiones necesarias; de suerte que ningun cuidado nos inspiran los odios y amenazas de esos furiosos desarrapados.

P. LORENZO Escuche bien, Padre Agustín.

P. AGUSTIN Ya escucho.

P. LORENZO ¿Qué sucede en el puerto cuando se encrespan las olas en días de tempestad?

P. AGUSTIN Que se estrellan contra la escollera que detiene sus ímpetus.

P. LORENZO ¿Y si el tamaño de esas olas se agrandase?

P. AGUSTIN Invadirían el puerto, y nada más.

P. LORENZO ¿Y si se formase una ola gigante que adquiriese la altura y proporciones de una montaña y se lanzase impetuosamente sobre ese edificio?

P. AGUSTIN Entonces... ¡Oh! Entonces...

P. LORENZO Contra esa ola gigante, ¿qué harían ustedes con los fusiles Maüsers, Padre Agustín?

P. AGUSTIN ¿Pero esa ola?...

P. LORENZO Puede formarse en el Océano de las muchedumbres irritadas, más imponente que en el Océano Atlántico. No lo dude usted.

P. AGUSTIN Respeto sus opiniones, Reverendísimo Padre.

P. LORENZO Dejaremos el blindaje de las puertas, porque sería muy notado que ahora lo quitásemos, pero todos esos armamentos y municiones tienen que desaparecer.

P. AGUSTIN ¿Cómo?

P. LORENZO Sin remisión de ninguna especie.

P. AGUSTIN Serán acatadas sus órdenes.

P. LORENZO Así lo espero. Ya dictaremos de común acuerdo las oportunas medidas. Ahora necesito conocer con la mayor exactitud la importancia y arraigo que tiene la Orden aquí, en esta ciudad.

P. AGUSTIN Pregunte y será satisfecho.

P. LORENZO ¿En la alta sociedad?...

P. AGUSTIN Hemos hecho copo redondo. Nuestro espíritu ha penetrado en los más opulentos alcázares y suntuosos hoteles, infiltrándose en la conciencia de los aristócratas y burgueses más influyentes y ricos. Esto nos grangea la enemistad del clero regular, porque ya no hay señora de alguna distinción que quiera confesarse con ningún cura. Les parece de mal tono. Prefieren al Jesuíta.

P. LORENZO ¿Y en la esfera de la Política?

P. AGUSTIN En todas las esferas se hace efectiva nuestra influencia. La Orden se reviste

de mil formas diferentes ofreciendo distintas fases para llevar a cabo su misión. Creen muchos que van solos y no van solos. Paréceles a otros que obran con entera libertad y coadyuvan sin saberlo a nuestros ocultos planes.

P. LORENZO ¿De modo que también entre los liberales y republicanos?

P. AGUSTIN Ya lo creo. Aquí tenemos muchos discípulos cuyos padres se significan en casinos y mitins por su odio a los Jesuítas.

P. LORENZO ¿Cómo así?

P. AGUSTIN Es una forma de las muchas que ofrece la venalidad de los políticos.

P. LORENZO ¿Y cómo justifican esa incomprensible conducta?

P. AGUSTIN Los liberales y republicanos que traen aquí a sus hijos, se excusan diciendo que en las escuelas laicas y ordinarias no se aprende nada. De manera que nos prestan un gran servicio. Auméntase el número de nuestros discípulos y de paso nos ayudan a desacreditar la enseñanza civil.

P. LORENZO ¿Y en las Universidades?...

P. AGUSTIN Se enseñorea también nuestro espíritu... Podemos vanagloriarnos de que las nuevas generaciones de estudiantes, salvo algunas inevitables excepciones, llevarán al foro, a la cátedra, a la política y a todas las esferas de la vida, los principios sanos que fueron en pasadas épocas la gloria de la Religión.

P. LORENZO ¿Y en el Pueblo?... ¿En el socialismo?...

P. AGUSTIN Procuramos atraernos a los obreros. Para esto tenemos un ejército de señoras catequistas...

P. LORENZO ¿No hay rebeldes?

P. AGUSTIN Los hay. Muchos de ellos están imbuídos por las lecturas de los libros de Eliseo Reclus, Max Nordau, Carlos Marx y otros muchos. Como ahora se editan

esas obras tan fácilmente y al alcance de las más modestas fortunas, no es posible evitar que su perniciosa influencia se extienda como una mancha de aceite, fomentando las aspiraciones de muchos obreros ilusos.

P. LORENZO Cíteme, entre ellos, algunos que usted crea dignos de estudio, como casos excepcionales.

P. AGUSTIN Los conocemos a todos. Ya le daré la lista completa. Como ejemplar, puedo citarle al obrero llamado Juan Miguel. Tiene gran facilidad de palabra. Ha leído mucho y prefiere gastarse el dinero de su jornal comprando libros que en lo más preciso para atender a su subsistencia. Así adquirió una gran debilidad cerebral. Hace ya tiempo que no se le ve por parte alguna. Debe hallarse enfermo. El hambre se encargará de librarnos de ese enemigo molesto.

P. LORENZO Juan Miguel... Ya me dará usted las señas de su domicilio.

P. AGUSTIN Con la de otros varios que siguen los mismos derroteros y que son víctimas de sus fantásticas ideas de Redención y Libertad.

P. LORENZO ¿Y la Prensa?

P. AGUSTIN Los periódicos avanzados se acosan como perros rabiosos. No luchan con el contraste de las ideas, sino con el choque de las pasiones. Se ofenden y vituperan, prodigándose los más bajos insultos. Esto nos favorece en extremo, y procuramos atizar el fuego de esa discordia por cuantos medios se hallan a nuestro alcance.

ESCENA IV

Dichos y hermano JESUITA, por la derecha.

JESUITA ¿Hay licencia?

P. AGUSTIN ¿Qué ocurre?
JESUITA El señor duque de Bella Mar y su familia.
P. LORENZO Puntual ha sido a la cita.
P. AGUSTIN ¿Tiene usted algo más que comunicarme reservadamente?
P. LORENZO No. Deseo hablar con el Duque, pero a solas. Procure usted que pueda cumplirse mi propósito.
P. AGUSTIN Está bien. Que pase.

(Vase el Jesuíta por donde vino.)

ESCENA V

Padre LORENZO y Padre AGUSTIN

P. AGUSTIN ¡Honorable señor!... Su inmensa fortuna se halla siempre a disposición de la Orden.
P. LORENZO Me consta. Me consta.

ESCENA VI

Dichos y el DUQUE DE BELLA MAR, su esposa la DUQUESA y su hijo ENRIQUE

P. AGUSTIN Salud, señor Duque.
DUQUE Reverendo Padre. (Besándole la mano.)
P. AGUSTIN Duquesa...
DUQUESA Su hija en Jesús. (Besándole también la mano.)
P. AGUSTIN Hola, Enrique...
ENRIQUE Devoto fidelísimo. (Besándole también la mano.)
P. AGUSTIN Tengo el honor de presentarles al Reverendísimo Padre Lorenzo, gran dignatario de la Orden y enviado extraordinario del General.

DUQUE — Tenía ya noticia de su llegada por pliegos que he recibido de Roma. En ellos se encarecen sus altas virtudes y profunda sabiduría, y se me encarga que obedezca todas sus indicaciones. Puede considerarme, desde ahora, Padre Lorenzo, como su más humilde siervo en Jesús.

DUQUESA — Repito las palabras de mi esposo.

ENRIQUE — Lo mismo digo.

P. LORENZO — Esas protestas de cariño y adhesión suenan de un modo tan agradable en mis oídos, que me resarcen de los sinsabores que producen los dolorosos trances de la vida. Noticias tengo, señor Duque, de su valiosa cooperación. Cuanto a su esposa, nadie ignora, entre nosotros, que a su hermoso corazón y a sus altas virtudes se debe el remedio de muchas aflicciones y miserias...

DUQUE — Usted nos favorece en extremo.

DUQUESA — Cumplo mis deberes de confianza.

P. LORENZO — ¿Y su hijo?...

ENRIQUE — Enrique; humilde servidor de su Reverencia...

P. LORENZO — ¿Estudia alguna carrera?

DUQUE — No, señor, y esto nos tiene disgustados.

ENRIQUE — Defiéndeme, mamá.

DUQUESA — Nuestro hijo Enrique, no goza de muy buena salud. Estudiaba la carrera de Ingeniero, pero tuvo que dejar los libros por el quebranto que le producían los desvelos de la imaginación.

P. LORENZO — Ha sido una verdadera lástima, porque el estudio es un freno para los jóvenes de alta posición que disponen de medios de fortuna capaces de satisfacer las ilusiones, no siempre muy legítimas, de la juventud.

DUQUE — Hay que decirle toda la verdad al Padre Lorenzo. Nuestro hijo Enrique llevaba bastante bien sus estudios, hasta que

tropezó con el cálculo diferencial e integral.

ENRIQUE ¡Papá!...

P. LORENZO ¿No pudo sacarle a flote el Padre Mendoza, que es un excelente matemático?

DUQUE No, señor.

ENRIQUE Puesto que hay que confesarlo, perdóneme el Padre Lorenzo. Cierto es que se me atravesaron las matemáticas.

P. LORENZO Esa franqueza le honra, pero no le absuelve.

DUQUE Necesita de buenos consejos. No dudo que los de usted le serán muy eficaces.

ENRIQUE Pero, mamá, ¿no oyes?

DUQEUSA No extrañe usted, Padre Lorenzo, que mi esposo se muestre algo rígido con nuestro hijo.

P. LORENZO Veo claro en el asunto, señora Duquesa.

ENRIQUE Papá quisiera que yo fuese un Santo...

P. LORENZO Me anticipo a su respuesta, señor Duque. Su papá desea haga usted honor en toda ocasión y lugar a sus gloriosas tradiciones, ciñendo su conducta a las más severas y honradas costumbre, siempre guiado por el santo temor de Dios.

DUQUE Magnífico. Usted ha encontrado la frase.

DUQUESA Palabras que son perlas.

P. LORENZO Bueno... Bueno... No es esta ocasión de rozaduras ni disgustos. Ya nos veremos con frecuencia, amigo Enrique, y le prestaré toda la luz de mi espíritu por si pudiera necesitarla para guia de sus acciones.

DUQUE (A Enrique.) ¿Lo has oído?

ENRIQE Sí, señor, y se lo agradezco mucho al Padre Lorenzo.

DUQUESA Estoy encantada oyéndole. No puede figurarse cuanto le agradecemos el interés que se toma.

P. AGUSTIN El Padre Lorenzo y el señor Duque tendrán, acaso, que hablar de algun asunto importante o de gran interés...

DUQUESA Sí. Sí... Enrique y yo nos iremos a devolver una visita. ¡Padre!... Desde hoy considéreme como una sierva humildísima.

P. LORENZO Que Dios guíe todos sus pasos, señora.

ENRIQUE Adios, Padre. (Besándole la mano.)

P. LORENZO ¿Sin resquemores?

ENRIQUE Sin ningún resquemor.

P. LORENZO Adios.

P. AGUSTIN Yo les acompañaré hasta la salida.

ENRIQUE (Aparte, al hacer mutis.) Papá me ha fastidiado.

(Vanse todos por la derecha, menos Duque y Padre Lorenzo.)

ESCENA VII

El Padre LORENZO, el DUQUE

DUQUE Ya suponía que tenía que hablarme.

P. LORENZO Efectivamente. Tome asiento. (Se sientan.)

DUQUE Excuso decirle que cuanto soy y cuanto valgo...

P. LORENZO Lo sé, Duque, lo sé.

DUQUE Atento me tiene.

P. LORENZO ¿No le han hecho ninguna indicación desde Roma, sobre las causas de mi venida?

DUQUE Sí. Me dice el Padre General que trata usted de hacer hondas exploraciones sociales aquí, en esta ciudad.

P. LORENZO En efecto.

DUQUE Cuente con mi concurso.

P. LORENZO Usted constituye una gran fuerza. Necesito conocer su opinión sobre algunos extremos de mucha importancia. ¿Cree usted que los elementos que representan y forman el bloque de la Religión, la Autoridad y las tradiciones históricas,

podrán siempre sostener el orden contra los ciclones y tempestades de la Revolución?

DUQUE. Sí, señor. Creo firmemente que nosotros somos y representamos la fuerza mayor. La roca granítica.

P. LORENZO. ¿Se declara usted partidario de la defensa social a todo trance?

DUQUE. Así es.

P. LORENZO. ¿Sin concesiones de ningun género?

DUQUE. Las concesiones son las que han dado lugar a las soberbias de la multitud. A caballo indómito mano de hierro y espuelas afiladas que penetren bien en los híjares.

P. LORENZO. Y en los conflictos entre el Capital y el Trabajo, ¿opina usted del mismo modo?

DUQUE. Exactamente lo mismo. Al trabajador no hay que hacerle concesiones de ninguna especie. Se les da el dedo y se toman la mano. Cada cual debe cumplir su natural destino. ¿A qué deben aspirar? A que no les falte trabajo y por consiguiente el pan de cada día.

P. LORENZO. ¿Y en el orden moral?

DUQUE. ¡Oh! No me hable usted... La corrupción se extiende por doquiera. Hay una legión de mujeres impúdicas que lo invaden todo; los paseos, los cines, los teatros... Asusta pensar en los progresos que está haciendo la inmoralidad.

P. LORENZO. Vamos a ver, señor Duque, si podemos entendernos y llegar a ponernos de común acuerdo en estas graves cuestiones; porque su opinión difiere bastante de la mía.

DUQUE. ¿Cómo?...

P. LORENZO. No se alarme... Coincidimos en lo más esencial... En el respeto al orden y en el deseo de evitar en lo posible las revoluciones y trastornos que producen el derramamiento de sangre. En esos movi-

mientos sociales; en esas aspiraciones del Trabajo que ya tienen organismos muy serios en todos los Pueblos, ¿no ve usted una Ley Providencial? ¿No ve la mano de Dios?

DUQUE No comprendo ese lenguaje.

P. LORENZO Y debe sorprenderle. Yo no hubiera venido de Roma, después de haber hecho estudios profundos sobre los grandes problemas que afectan modernamente a la vida de los Pueblos, para decir al señor duque de Bella Mar lo que ya tiene sabido y hasta resabido; esto es: Todos esos problemas se resuelven mediante un solo y exclusivo procedimiento. La intransigencia y la fuerza. Muchos soldados y muchos cañones.

DUQUE Ciertamente.

P. LORENZO Pues bien. No partamos de ese hecho de fuerza. Consideremos que ese movimiento social no es obra de los hombres, sino del Poder Divino y de las leyes de la Historia.

DUQUE ¿Usted cree?...

P. LORENZO Aceptémoslo como una hipótesis... Hágame esa concesión, aunque sea con caracter provisional.

DUQUE Concedido.

P. LORENZO En tal caso el procedimiento ya no es sólo de fuerza; tiene que ser otro.

DUQUE ¿Cuál?

P. LORENZO El de colaboración de todos aquellos elementos que representan la mayor fuerza social, al plan de la Historia. Las clases directoras deben, en tal caso, educar al Pueblo para que se eleve la condición moral de su espíritu. Los Poderes Públicos, se hallan en la obligación de preparar sabiamente desde la *Gaceta*, el advenimiento de la soberanía popular. La Evolución haría innecesaria la Revolución, y aquel Progreso que consideramos

de inexcusable necesidad, se llevaría a cabo en una esfera donde lucharían las ideas sin las hecatombes de la guerra para recoger los ópimos frutos que proporciona la Paz.

DUQUE ¡No salgo de mi asombro!. .

P. LORENZO Basta por hoy, señor Duque. (*Levantándose.*) El caso queda reducido a este solo punto por ahora. Medítelo usted con severa imparcialidad. Tendremos muchas conferencias que irán despejando de sombras su entendimiento. El eje sobre el cual deben girar sus ideas, es éste: Dios no está solo con los ricos y poderosos; está también con los pobres y humildes. Las luchas históricas no se realizan por acaso, sino que obedecen a leyes que no pueden quedar incumplidas.

DUQUE Reconozco su gran sabiduría, Padre Lorenzo. Lo meditaré profundamente.

P. LORENZO Venga a verme con frecuencia.

DUQUE Será una necesidad de mi espíritu, porque me ha confundido usted.

P. LORENZO Al salir verá al Padre Provincial. Hágame el favor de decirle que venga con los Padres dignatarios.

DUQUE Está bien.

P. LORENZO Adios y mucha serenidad para que prospere el buen juicio.

DUQUE Seguiré sus consejos. (*Despues de besar la mano que le alarga el Padre Lorenzo, vase por la derecha.*)

ESCENA VIII

Padre LORENZO

P. LORENZO Ya he tropezado con el espíritu empedernido, contrario a las leyes de renovación y modulación. Ese es el bloque formado

por los Poderes históricos. La gran roca que gravita como una masa inerte y rígida sobre el alma de los Pueblos... ¡Aplastar!... ¡Aplastar siempre!... ¿Y por qué no transigir?... ¿Y porqué no modular? ¿No se funde el bronce para diversos usos y objetos?... Este no es lenguaje de Jesuíta, acabarán por decirme. Y dirán verdad... Aquí vienen. Adelante, Padres, adelante.

ESCENA IX

Dicho y los Padres AGUSTIN, MENDOZA, LEOCADIO y FLAMINIO por la derecha

P. Lorenzo — Acomódense como mejor les parezca y préstenme atención.

(Se sientan todos frente al Padre Lorenzo, que toma asiento en el sillón de la mesa escritorio.)

P. Agustin — Le escuchamos sin perder palabra.

P. Lorenzo — Al cerebro de un sabio Jesuíta ha bajado una chispa de luz divina. Este nos ha comunicado su pensamiento, y después de hondas discusiones y maduro examen, de acuerdo con el Padre General, hemos resuelto difundir la nueva doctrina. Se trata de la conversión de la Compañía de Jesús a las puras máximas del cristianismo.

P. Flaminio — Cuál es nuestra misión, Padre Lorenzo, ¿la de meros oyentes?

P. Lorenzo — No por cierto. Para eso les he convocado. Este es un trabajo de exploración. Por el contrario, deben exponer sus ideas, lo mismo en pro que en contra, con toda expansión y libertad.

P. Flaminio — ¿Acaso no es la Compañía de Jesús constante defensora de la Verdad cristiana?

¿No reside en ella el depósito sagrado de la Verdad Suprema?

P. LORENZO ¿Qué le paiece al Padre Agustín?

P. AGUSTIN Me adhiero a lo dicho por el Padre Flaminio.

P. MENDOZA Y yo también.

P. LEOCADIO Opino de igual manera.

P. LORENZO Así, pues, queda organizada la discusión. El Padre Flaminio sostiene la tesis contraria, y ustedes irán prestando su conformidad o disconformidad a los puntos que se vayan debatiendo.

TODOS Conformes.

P. LORENZO Nuestra Orden ha cometido un gravísimo error, cuyas consecuencias le son y han de serle todavía más funestas. ¿Saben los Padres a qué falta me refiero?

P. FLAMINIO Nuestros enemigos dicen que acaparamos grandes riquezas. ¿Es ese el pecado?

P. LORENZO No. No es ese.

P. AGUSTIN Afirman, tambien, que no reparamos en los medios para conseguir el fin.

P. LORENZO Tampoco.

P. LEOCADIO ¿Dónde está el erroi?

P. LORENZO El error estriba en que la Orden se ha colocado a la faz de Europa y a los ojos del mundo entero, frente al problema de la Libertad.

P. FLAMINIO Eso es la que dicen los masones.

P. LORENZO Deje en paz a los masones, Padre Flaminio. Haga más honor a la alteza de miras que dan motivo a estas apreciaciones. Si no se considera con alientos suficientes para sostener la discusión a la altura que merece, dígalo en buen hora; pero no haga uso de un género tal de argumentaciones, que sólo puede causar efectos en oídos vulgares o en cerebros femeninos.

P. AGUSTÍN Acepte la lección, Padre Flaminio.

P. FLAMINIO La acepto, Padre Provincial.

P. LORENZO La Compañía de Jesús tuvo su esfera

propia de acción en los tiempos en que la razón de ser de todos los Estados era puramente dogmática o católica. Se establecieron funciones paralelas, pero al girar de los tiempos surgió el problema de la Libertad como más modernamente ha surgido el problema del socialismo. La política de los Estados siguió aquel movimiento. A los fueros del poder absoluto sucedieron los códigos constitucionales. Puede afirmarse, salvo contadas excepciones, que la política en Europa se halla informada por el principio liberal. Pues bien; nosotros quedamos estancados ante aquel movimiento producto de la actividad de los espíritus. Este ha sido nuestro error profundo, porque, permaneciendo inmóviles seremos arrastrados y confundidos por las grandes corrientes del mundo social, sobre cuya conciencia ya estamos gravitando como un lastre pesado y anacrónico. ¿Dónde está el remedio? En la conversión a las puras materias del cristianismo. Esto es: en la vuelta al seno de Jesús, empleando en obras de misericordia y caridad las grandes riquezas que poseemos; predicando la paz y la Libertad.... Ya lo he dicho, Padre, aunque observo que suena mal en sus oídos... ¡Predicando la paz y la Libertad!

P. FLAMINIO Mi conciencia se rebela oyendo al Padre Lorenzo. La Compañía de Jesús es cada vez más fuerte y poderosa... Formidable arrecife contra el cual se estrella ese oleaje de malas pasiones fomentado por el liberalismo y el socialismo... ¿Cómo han de arrastrarnos ni confundirnos esas corrientes malsanas del siglo, contando nosotros con el apoyo de nuestra excelsa Virgen María, reina de los Cielos?... ¿Qué temor ha de inspirarnos el odio de nues-

tros enemigos con el talismán que poseemos, capaz por sí sólo de darnos la victoria en los trances más difíciles y amargos?... ¿Qué poder, o qué influencia ha de sobreponerse al poder divino que tiene el Sagrado Corazón de Jesús?... No, no. El Padre Lorenzo se funda sólo en las cosas profanas que se asocian a las luchas modernas, pero olvida el elemento principal que será en todo tiempo la valla de salvación de la Orden... La Divina Gracia.

P. LORENZO ¡Hojarasca!... ¡Hojarasca pura!... Con la Divina Gracia nos van expulsando de todas las naciones... Aquí mismo, en España, vivimos de hecho pero no de derecho. Voy a emplear una frase muy dura pero necesaria para que no nos dejemos seducir por palabras y conceptos que brillan sólo como los fuegos de artificio. La Orden tiene que purificarse, obedeciendo a la Ley del cambio y renovación, o de lo contrario, los jesuítas seremos arrojados de todas las Iglesias y de todos los Pueblos.

P. FLAMINIO ¡Jesús!

P. AGUSTIN ¡Padre Lorenzo!

P. LEOCADIO ¡Eso es muy cruel!

P. MENDOZA ¡Muy duro!

P. LORENZO No se oculte el rostro con las manos, Padre Flaminio. A la Verdad, hay que mirarla cara a cara.

P. FLAMINIO ¿No somos nosotros los soldados valerosos a cuyo esfuerzo se debe el sostenimiento y conservación del Evangelio?

P. LORENZO No.

P. FLAMINIO Explíquese, entonces.

P. LORENZO Nosotros nos hemos separado del Divino Maestro por procedimientos que afectan esencialmente a su doctrina...

P. FLAMINIO Pruebas...

P. AGUSTIN Pruebas...

P. LORENZO Son tantas, que puedo escoger entre ellas. Imagínese el Padre Flaminio que oye como llaman a las puertas de este Colegio. Pongamos que acude al llamamiento y que se encuentra al abrirla con el propio Jesús de Nazaret. Veamos en tal caso lo que ocurre.—¿Sois Ministro de mi Ley?,—dice el Maestro, y contesta el Padre...—Yo soy...—Y siéndolo ¿cómo habitáis en esta morada suntuosa?...—Para honraros y enalteceros... A lo cual contesta Jesús.—No es ésta la forma de honrarme... Vengo de visitar la casa de un pobre... En un ángulo perece una mísera anciana por carecer del preciso alimento... En otro se encuentra su hija abrazada a los frutos tiernísimos de su amor, todos escuálidos, hambrientos... Y vosotros aquí, cómodamente, defendiendo con palabras sonoras y huecas mi doctrina. Sólo os perdono porque sois hombres... Sigamos adelante... Jesús se fija en una estancia llena de fusiles mausers y de pertrechos de guerra. Y estos armamentos ¿qué objeto tienen en la morada de mis discípulos?... Conteste el Padre Flaminio... Dígale al Maestro para que sirven aquellos fusiles...

P. FLAMINIO Para... Para...

P. LORENZO No se detenga... La Verdad ante todo.

P. FLAMINIO Para defenderos a Vos mismo, divino Jesús, de los enemigos implacables que tiene la Religión... Para que muerdan el polvo esos impíos que profanan con sus odios los más santos lugares.

P. AGUSTIN Bien dicho.

P. LEOCADIO ¡Admirable!

P. MENDOZA ¡Admirable!

P. LORENZO ¿Y qué réplica sería la de Jesús?... Tiene usted la palabra, Padre Agustín. (Pausa) Veo que ha enmudecido. Replique usted, Padre Mendoza. (Pausa) Se calla... ¿Y

usted, Padre Leocadio?... (Pausa) Todos guardan silencio. Está bien... Yo hablaré en nombre de Jesús.—¿Dar muerte a vuestros semejantes? ¿Derramar sangre humana defendiendo mis máximas de perdón y misericordia?... Os desconozco. Vosotros no sois mis discípulos. Por el contrario, procuráis mi descrédito... Jamás fué ese mi credo... Humillado me ví y escarnecido en mi doloroso calvario... Me coronaron de espinas... Pusieron el *inri* en mi frente y perdoné a mis enemigos... Esto es lo que contestaría Jesús al Padre Flaminio. (Gran pausa) ¿Nada dicen? ¿Nada replican?... Para meditar váyase cada cual a su celda... Ya continuaremos la discusión otro día.

(Vánse todos silenciosamente por la derecha menos el Padre Lorenzo.)

ESCENA X

Padre LORENZO

P. LORENZO Se van vencidos por la fuerza magestuosa de la Verdad; pero no convencidos... La materia resiste a la fuerza del Espíritu... Sufren el más funesto y engañoso de los espejismos... Creen que la Libertad va contra la doctrina de Jesús cuando, por el contrario, se funda en esa misma doctrina... No está aquí el filón de oro que apetezco... Hierro y plomo para dar la muerte ¡eso es lo que ocultan los soldadados que se llaman de Jesús, para responder a la guerra con la guerra! El oro de la Humanidad no se ha hecho para nuestro aliado el duque de Bella Mar. En su alma empedernida no se encuentra ni una sola partícula... Hay que dirigir

la exploración por otros senderos... (Dentro órgano) Descenderé hasta el fondo social lleno de miserias y dolores... Acaso en el Pueblo se esconde la mina de oro... ¡Al Pueblo! ¡Al Pueblo!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO II

Sala pobre. A la izquierda una modestísima mesa escritorio sobre la cual hay algunos libros. Puertas laterales y al foro.

ESCENA I

Aparece JUAN MIGUEL sentado junto a la mesa, de espaldas a la salida lateral derecha en actitud meditabunda. No advierte la salida por la derecha de su madre, la señora ANTONIA. JUAN MIGUEL viste un traje de pana y la señora ANTONIA como las mujeres del pueblo.

ANTONIA (Que se detiene a la salida para contemplar a su hijo, se aproxima a él silenciosa hasta tocarle en uno de los hombros con la mano.) ¡Juan Miguel!

MIGUEL ¡Madre!

ANTONIA ¿Qué tienes?

MIGUEL Nada.

ANTONIA Te hallo siempre muy triste y pensativo...

MIGUEL Cosas mías. Ideas que me asaltan.

ANTONIA Antes no eras así y también te asaltaban ideas. Caíste gravemente enfermo y desde que saliste de aquella enfermedad pareces otro hombre.

MIGUEL No te preocupes.

ANTONIA Bueno. Seguiré penando.

MIGUEL ¿Por qué? ¿Porque no me ves alegre? Hay días de mal humor.

ANTONIA Nos estamos engañando.

MIGUEL ¿Eso dices?

ANTONIA Abreme tu corazón.

MIGUEL ¿Acaso lo tengo cerrado para tí?

ANTONIA Y tan cerrado. Tú sufres y a mí me matas.

MIGUEL Bueno, madre. Siéntate. Digámonos la verdad.

ANTONIA Ya era hora. (Sentándose al lado de su hijo.)

MIGUEL ¿Dónde está Teresa?

ANTONIA Quién lo sabe. Se fué y nada más he sabido de ella.

MIGUEL ¿Y por qué se fué? ¿No se hallaba bien en el cuarto que le realquiló la vecina?

ANTONIA Lástima que ella no pueda oirte para que te diese la contestación. ¿Es Teresa la causa de tus cavilaciones?

MIGUEL Ella es. Lo confieso.

ANTONIA Ya te irás acostumbrando a su ausencia.

MIGUEL Al marcharse, ¿nada te dijo?

ANTONIA Nada. Me expresó que aquella era su voluntad decidida. Insistí, pero todo fué inútil.

MIGUEL ¿No te dió ninguna explicación, ni siquiera dónde pensaba instalarse?

ANTONIA No.

MIGUEL Eso es lo que me confunde.

ANTONIA ¿Por qué?

MIGUEL Una mujer como ella que se desvive por cuidarme durante el período más crítico de mi enfermedad, que vela a la cabecera de mi cama prestándome los más delicados auxilios... Aun parece que la veo entre las brumas del delirio contemplándome silenciosamente como un angel o como una virgen amorosa... ¡Qué se yo cómo!... Y apenas me restablezco, después de dos meses de crisis, fluctuando entre la vida y la muerte, des-

aparece por encanto, como si huyese de mi gratitud. Eso es muy extraño, madre.

ANTONIA Sí que lo es; pero, ¿qué hemos de hacer si tal fué su voluntad?

MIGUEL ¿A tí qué te parece?

ANTONIA Muy raro también.

MIGUEL No; no quiero decir eso... Te pregunto si Teresa te parece buena,—vamos al decir.—Si la crees buena muchacha...

ANTONIA Y tanto.

MIGUEL Me alegro de que te merezca esa favorable opinión. Yo a la verdad, como vino tan sola... ¿Quién será esta mujer? me pregunté... Luego ya ví que era muy trabajadora... Que no se ocupaba más que de su trabajo... Y siendo tan bonita como es... y habiendo tanto vicio...

ANTONIA Ahí está su mérito. (Pausa.)

MIGUEL ¿Habrá huído de nosotros para...?

ANTONIA ¿Para qué?

MIGUEL No me atrevo a decirlo... Es un pensamiento que me hace mucho daño... Esto es lo que estaba pensando cuando llegaste.

ANTONIA ¿Tú crees qué...?

MIGUEL Lo diré... ¿No se habrá cansado ya de trabajar y...?

ANTONIA Acaba, hombre.

MIGUEL Y se habrá prostituído.

ANTONIA No la ofendas... ¡Pobre muchacha!

MIGUEL Quítame este mal pensamiento y verás cómo desaparecen todas mis cavilaciones.

ANTONIA ¿Acaso eres tú responsable de las acciones de los demás?

MIGUEL No, pero... Lo sentiría...

ANTONIA Yo también.

MIGUEL Lo sentiría, madre...

ANTONIA Se ha mudado el color de tu cara. No es poca la emoción que te ha entrado. ¿Qué apostamos a que te iba ya interesando esa muchacha?

MIGUEL Nada puedo ocultarte.
ANTONIA ¡Pobre hijo mío!
MIGUEL ¿Por qué me compadeces?... ¿Qué daño encuentras en que Teresa me haya interesado?
ANTONIA Ninguno, ninguno.
MIGUEL ¿Ninguno? ¿Y hasta te han salido las lágrimas a los ojos?
ANTONIA No hagas caso. Ponte en la situación, hombre... Si te ha interesado como dices y no puedes verla, ¿cómo no he de sentirlo siendo tu madre?
MIGUEL Iré en su busca.
ANTONIA ¿Tú?
MIGUEL Ya no sé lo que digo .. No... No... Ella sabrá por qué se fué... Ni siquiera se detuvo a recoger las flores de mi agradecimiento. Que Dios la guíe por buen camino.
ANTONIA (Dentro rumores.) Tus compañeros... Me alegro que vengan... Hablando con ellos de Política distraerás tu pensamiento.
(Vase por la derecha.)

ESCENA II

Aparecen por el foro OBREROS I y II y otros varios.

MIGUEL Adelante, amigos, adelante.
OBRERO I Buenos días.
OBRERO II ¿Cómo te encuentras?
MIGUEL Curado por completo.
OBRERO I ¿Y fuerte?
MIGUEL Como nunca.
OBRERO II De modo que aunque te demos algún disgusto, ¿no importa?
MIGUEL Si me lo dáis que sea bien gordo.
OBRERO II Compañero... Esto no puede continuar así.

OBRERO I — Hay que echarse a la calle.

OBRERO II — Los jefes del partido nos recomiendan templanza... ¡Buena templanza nos dé Dios!... Si no hacemos una que sea sonada, no hallarán remedio los males que sufrimos.

OBRERO I — El Pueblo se cansa de tener paciencia. No sé para qué sirven tantas predicaciones y discursos. Mucho hablar en los casinos. Mucho perorar en el mitin. ¿Y qué se saca de todo eso? Nada entre dos platos... El malestar cunde por todas partes. El Pueblo perece... Tú mismo, después de una huelga tan larga como han sostenido los de tu oficio... enfermo y sin recursos. ¿Por qué no te has muerto de hambre? Por algún milagro.

MIGUEL — ¿Y qué queréis? ¿Que nos echemos a la calle?

OBRERO II — Eso queremos.

OBRERO I — Los que tenéis oratoria, debéis calentar a las masas para que todos secunden el movimiento.

MIGUEL — Bueno: ya estamos en la calle... ¿Y qué? ¿Cómo resistimos a la fuerza armada que se nos echa encima?...

OBRERO II — Como se pueda.

OBRERO I — El caso es que seamos muchos miles de hombres.

MIGUEL — Vosotros creéis que la victoria se obtiene ofreciéndole al cañón y al maüser mucha carne...

OBRERO II — Juan Miguel... Ya no eres el mismo.

OBRERO I — No nos hablabas así al principio cuando hacías propaganda en favor de la Idea.

OBRERO II — Todos hacen lo mismo...Nos calientan con predicaciones... Hablan de exterminio, de revolución... Emplean las palabras que mejor suenan en los oídos del que padece y es siervo del trabajo excesivo... Nos hacen concebir esperanzas...

Nos afilian al partido... Nos hacen votar y después... nos piden calma... mucha calma... hasta que el Pueblo se desengañe y entonces... entonces...

MIGUEL — ¡Pues a la calle!... ¿Que los hijos quedan sin padre? No importa... ¿Que las mujeres pierden a sus esposos? No importa. El caso es que el cañón haga su oficio... Lo que importa es que unos vayan a la sepultura y otros a la cárcel... ¡A la calle! ¡A la calle!

OBRERO I — Con este Miguel no se puede discutir.

OBRERO II — ¿Y si triunfamos?

MIGUEL — ¡Cómo hemos de triunfar sin organización y sin armas!

OBRERO II — Antes no decías eso.

OBRERO I — Ha variado como todos los que tienen palabrería.

MIGUEL — Me juzgáis injustamente.

OBRERO I — La experiencia nos va enseñando mucho.

OBRERO II — Estáis jugando con fuego.

OBRERO I — Nos habéis engañado.

MIGUEL — ¿Yo engañaros?... ¿yo?

OBRERO II — Nuestros compañeros están ya soliviantados.

MIGUEL — Escuchadme.

OBRERO I — Qué te hemos de escuchar... Esto no se arregla con palabras.

OBRERO II — Tú bien decías al principio: —Hay que emplear todo género de armas y recursos para obtener la victoria...

MIGUEL — Eso tenía una explicación y voy a dárosla.

OBRERO I — No. No queremos explicaciones.

OBRERO II — Estamos hartos de discursos.

MIGUEL — No os extraviéis y escuchadme.

OBRERO I — Sí; para recomendarnos la prudencia.

OBRERO II — Para que sigamos sufriendo.

MIGUEL — Vaya que sois tercos...

OBRERO II — Solo falta que nos insultes.

MIGUEL — ¿Queréis oirme?

OBRERO I No. No queremos oirte.

MIGUEL Pues me habéis de oir... ¡Rayos de Dios! ¿Qué es esto?... ¿Habéis venido a mi casa para atropellarme?... ¿Qué destinos me habéis dado?... ¿Qué ventajas he sacado yo de mis predicaciones? Aquí estuve enfermo y vosotros mismos acabáis de decirlo: No he muerto por falta de recursos, debido a un milagro. Conque a callar y oir lo que os dice un compañero, un hombre de bien, un obrero tan honrado y trabajador como vosotros, un paria de la Sociedad que se sacrifica por el trabajo y por el estudio. Tengo derecho a que me escuchéis. Reclamo vuestro silencio. Si me atropelláis, daréis prueba evidente de que no merecéis la Libertad.

OBRERO I Habla.

OBRERO II Ya te escuchamos.

MIGUEL Vosotros quisieráis, que el lenguaje de los que predican para hacer triunfar una idea, fuese siempre el mismo.

OBRERO I Eso.

OBRERO II Eso.

MIGUEL Estáis en un error.

OBRERO I A ver cómo lo explicas.

MIGUEL No es lo mismo hacer predicación con objeto de inculcar en los cerebros el fuego de una idea, que predicar para una masa de hombres cuando ya son partidarios de esta misma idea. En el primer caso el trabajo de propaganda tenía que encenderse y exaltarse mucho para que prenda aquel fuego en los ánimos. Entonces no hay peligro alguno porque el principal objeto de la propaganda consiste en aumentar el número de prosélitos... Pero ante una masa de espíritus convencidos hay que templar las frases porque si se emplea la misma fuerza de exaltación, aquella masa se in-

flama y desborda en injustificados arrebatos y desórdenes... ¿Lo comprendéis?

OBRERO I No lo acabamos de comprender.

OBRERO II No tenemos tus luces.

MIGUEL Os pondré un ejemplo bien claro. Un escultor quiere hacer una estatua. Pongamos que trata de representar por medio del marmol la imagen de la Justicia. Ya le tenemos delante del bloque de piedra con el cincel y el martillo. ¿Qué hace? Decidlo vosotros.

OBRERO II Golpear el bloque.

MIGUEL ¿De qué modo?

OBRERO II A golpe de martillo.

MIGUEL ¿Pero fuertes o suaves?

OBRERO I Muy fuertes.

MIGUEL Esto es lo que tiene que hacer al principio. Para sacar la piedra que sobra debe emplear todas sus fuerzas, arrrancándola a grandes pedazos del bloque.

OBRERO I Naturalmente.

OBRERO II Eso es preciso.

MIGUEL Pero a medida que su labor progresa y se va formando la estatua, ¿qué hace el escultor?... Decidlo también vosotros.

OBRERO I Seguir trabajando hasta concluirla.

MIGUEL Pero aquellos golpes tan fuertes que daba al principio, ¿no tendría que ir amainándolos? (Pausa.) ¡No os calléis!... Seguid el ejemplo sin vacilar...

OBRERO I Claro es que ya no tenían que ser tan fuertes.

MIGUEL ¿Y por qué?

OBRERO I Porque echaría a perder la estatua.

MIGUEL Ahora figuráos que cuando el escultor se encuentra frente a su hermosa imagen ya casi terminada, no golpeándola sino acariciándola suavemente con el cincel para que resalten sus más delicados perfiles llegan unos amigos exaltados y le dicen. ¿Qué haces? ¿Por qué no golpeas la estatua con la violencia con

que lo hacías al principio?... Y le ofenden y le ultrajan... ¿Es eso justo? ¿Qué os parece? (Pausa.) Pues eso es lo que hacéis vosotros conmigo. Ahora sacad la consecuencia.

OBRERO I Ya sabía yo que dejándote hablar te saldrías con la tuya.

OBRERO II Bueno. Bueno. Acompáñanos.

MIGUEL ¿Donde queréis llevarme?

OBRERO II A una fábrica que está muy cerca. A ver si convences a nuestro amo en la cuestión pendiente que con él tenemos.

MIGUEL ¿Qué cuestión?

OBRERO I Ya te enteraremos por el camino.

MIGUEL Vamos. Adios, madre. (Acercándose a la derecha.)

ANTONIA Adios, hijo.

(Vanse por el foro.)

ESCENA III

ANTONIA

ANTONIA ¡Ha logrado convencerles!.. Yo también, al oirle desde mi cuarto, he comprendido que tiene razón. ¡Este hijo mío que bien se explica!.. Merece más suerte de la que tiene. Ahora solo falta, que ese amor que le ha inspirado Teresa, le haga desgraciado. Se ha interesado por ella de un modo que ya empieza a preocuparme. No era menester que lo dijese... De sobra sé yo dónde se oculta la causa de todas sus tristezas y cavilaciones... ¡Qué conflicto tan grande para mí!.. ¿Cómo le digo que Teresa no es el angel puro de sus ensueños, ni la amorosa virgen cuyo recuerdo le desvela?... ¿Cómo le confieso la verdad, si es tan amarga?

Y por otra parte, ¿quién no compadece a esa pobre muchacha, que se ha sacrificado por él?... Llenarla de vergüenza a los ojos de mi hijo... Esto no es posible tampoco, o había de ser yo la más egoísta y la más ingrata de las mujeres.

ESCENA IV

Dicha y TERESA, por el foro

TERESA ¡Señora Antonia!...

ANTONIA Teresa; hija mía.

TERESA He visto, desde la esquina, salir á Juan Miguel con sus compañeros y me he venido al punto. Tenía hambre de verla.

ANTONIA Lo mejor que has hecho... Pero, vas muy arreglada y compuesta... Pareces una señorita... Malo, Teresa, malo.

TERESA Tranquilícese. Es un vestido que me he comprado con dinero ganado por mí.

ANTONIA ¡Ah! ¿No es cosa de aquel señor?

TERESA No por cierto... Mientras tenga un soplo de vida, ni aquel señor, ni nadie, tocarán a la falda de mi vestido.

ANTONIA Entonces, ¿de dónde sale ese lujo?

TERESA Me he contratado y me gano muy buen sueldo.

ANTONIA ¿Tú?

TERESA Sí, señora. ¿No recuerda que la dije un día que yo domino los bailes andaluces?

ANTONIA ¿Y has ido a parar a esos lugares de perdición?

TERESA La que no quiere no se pierde.

ANTONIA ¡Ay! Si llega a verte Juan Miguel...

TERESA ¡Juan Miguel!... ¡Juan Miguel!...

ANTONIA ¿También te pones descolorida?

TERESA El no concurre a esos conciertos; pero aunque un día me viese...

ANTONIA — Pensaría lo que es natural. ¡Que te has perdido!

TERESA — ¿Y qué? ¿No estoy ya perdida para él?

ANTONIA — ¡Tienes razón! ¡Tienes razón!

TERESA — Cuanto más ultrajada me encuentre, mejor!... ¡Cuanto más manchada me considere, mejor tambien! ¡Que huya de mí! ¡Que no acuda a su mente ningun recuerdo de la pobre Teresa! ¡Que ponga sus ojos en otra mujer pura y honrada! Que se casen y que sean felices... ¡Todo eso le deseo! (Se deja caer llorando en una silla.)

ANTONIA — ¿Qué es esto, Teresa? Ya sabia que tu noble acción te haría desgraciada y que amargaría tu existencia.

TERESA — (Levantándose con gran firmeza). No. Ya se han secado mis ojos. Si otra vez le viese enfermo y necesitado y de mí dependiera el remedio, no lo dude, señora Antonia, mi voluntad sería la misma.

ANTONIA — Lo creo, Teresa, lo creo. ¿Dónde trabajas? Dímelo por si acaso.

TERESA — En un Music Hall que se llama «El Concierto azul.»

ANTONIA — ¿Y cuánto ganas?

TERESA — Dos duros al día.

ANTONIA — ¡Jesús!

TERESA — ¡Hay que saber vivir, señora Antonia! No hay que apurarse por nada.

ANTONIA — ¿Pero cómo ganas tanto dinero?

TERESA — Moviendo los pies y poniendo alguna gracia en los movimientos. Trabajando todo el día, ¿qué gana una mujer? Una o dos pesetas, todo lo más... Y allí... Ya lo ve usted. En un momento dos duros. ¡Ah! Y si yo fuese otra, ganaría todo el dinero que quisiera... pero no quiero... No por honra ni virtud, señora Antonia. Ya sé que basta que me hayan visto bailar una sola noche, para que mi crédito de mujer honrada y virtuosa vaya rodando por los suelos; sino porque no me

sale del alma... Yo no tengo temperamento de mujer mala.

ANTONIA ¡Que has de ser tú mala, hija mía!... ¡Que me lo digan a mí! ¡Que se lo digan a Juan Miguel, que te recuerda como si fueses la virgen de sus ensueños!

TERESA ¿Piensa en mí, Juan Miguel? ¿Qué pensará? Por Dios, señora Antonia... nada le diga. Que no sepa donde trabajo. Le veo tan triste y caviloso... ¡Dios mío! ¿Qué le sucede a Juan Miguel?

ANTONIA Nada... Nada...

TERESA Séame franca, señora Antonia. Se lo ruego por el amor que tiene depositado en su hijo. ¿No gana bastante? ¿Faltan en casa recursos?

ANTONIA Nada de eso. Ya podemos vivir.

TERESA Entonces, ¿cuál es la causa de su tristeza?

ANTONIA Como antes te veía y de repente has desaparecido...

TERESA ¡Ay de mí! ¿Soy yo la causa?

ANTONIA ¡No te aflijas! Ya se irá acostumbrando.

TERESA ¿Pero es verdad que Juan Miguel se acuerda de la pobre Teresa?..

ANTONIA No le hagas tan ingrato.

TERESA ¡Ah! Sí. Es el agradecimiento... Ya he satisfecho mi deseo de verla, y me despido.

ANTONIA ¿Hasta cuándo?

TERESA Que sé yo... Ya no vendré a esta casa en mucho tiempo... en mucho tiempo.

ANTONIA ¿Tanto vas a tardar?

TERESA Vendré, cuando hayan desaparecido las tristezas de Juan Miguel. Adios, señora Antonia.

ANTONIA Adios, hija mía.

(Vase Teresa por el foro.)

ESCENA V

ANTONIA

ANTONIA ¡Pobrecilla! ¡Qué buena es! ¡Qué corazón tiene tan grande! ¡Está enamorada

de Juan Miguel! Quiere disimularlo y no puede... Le hablo a mi hijo de Teresa, y se pone pálido. Le hablo a Teresa de Juan Miguel, y su rostro se pone descolorido. ¡Se aman! No cabe duda... Se aman y no pueden realizar sus esperanzas... ¡Qué desdicha tan grande!

P. LORENZO (Dentro.) ¡Ha de casa!

ANTONIA (Acercándose al foro.) ¿Quién es? Un caballero. Adelante, señor, adelante.

ESCENA VI

Dicha y Padre LORENZO, en traje de seglar y con un bisoñé

P. LORENZO Con licencia.

ANTONIA ¿Qué se le ofrece?

P. LORENZO ¿Vive aquí Juan Miguel? Un obrero cajista.

ANTONIA Sí, señor, ésta es su casa. Yo soy su madre.

P. LORENZO Por muchos años, señora.

ANTONIA Que usted lo vea. Ha salido con unos compañeros. No tardará en volver. Y si quiere esperar...

P. LORENZO Siendo usted su madre puede enterarme perfectamente del objeto de mi visita.

ANTONIA Tome asiento. (Se sientan.)

P. LORENZO Según mis informes, su hijo acaba de salir de una grave enfermedad.

ANTONIA Sí, señor; ya le dábamos por muerto.

P. LORENZO ¿Y la causa?

ANTONIA El excesivo estudio. Tiene un afán por saber que le domina, y como trabaja todo el día y las horas que tiene de descanso las dedica a la lectura, el cuerpo decae y la salud se pierde. Somos tan pobres, señor, que mi hijo no puede

prescindir del jornal del día, y aun tiene que mermarlo para comprar los libros que le hacen falta.

P. LORENZO ¡Loable interés! Ya tenía noticias de todo lo que usted acaba de decirme, señora. ¿Cómo es su gracia?

ANTONIA Antonia Rodríguez, para servir a usted.

P. LORENZO Pues bien, señora Antonia. Su hijo se ha hecho acreedor a uno de los premios que la Sociedad filantrópica que represento concede al Trabajo y la Virtud. (Saca un pliego de una cartera). Me hará el favor de entregar este pliego a su hijo.

ANTONIA ¿Un premio?

P. LORENZO Puede verlo; no hay inconveniente.

ANTONIA (Sacando el billete de banco de mil pesetas que contiene el pliego.) ¡Un billete!

P. LORENZO Un billete de mil pesetas.

ANTONIA ¡Mil pesetas!... ¿Es para Juan Miguel ese dinero?

P. LORENZO Sí, señora. Para que pueda con mayor desahogo comprar los libros que necesita.

ANTONIA ¡Dios mío!... ¡Dios mío!

P. LORENZO ¿Lo dice usted con pena?

ANTONIA Con muchísima pena. Porque si este dinero hubiese venido a nuestras manos cuando mi hijo se hallaba enfermo, ¡qué desgracia tan grande se hubiera evitado!

P. LORENZO ¿Porque razón?

ANTONIA No haga usted caso. Ha sido un desahogo. ¡Muchas gracias, señor... muchas gracias, por esta obra de caridad!

P. LORENZO No es obra de caridad. Es obra de Justicia.

ANTONIA ¡Qué alegría será la de Juan Miguel!

P. LORENZO Dispénseme el atrevimiento. Nosotros debemos estudiar todos los dolores que aflijen al Pueblo, para poder realizar con acierto nuestra filantrópica misión. ¿Le inspiro a usted confianza, señora Antonia?

ANTONIA Mucha. Creo que es usted un hombre de bien.

P. LORENZO Entonces, la suplico que me haga partícipe de sus penas. ¿Qué desgracia se hubiera evitado con ese dinero?

ANTONIA ¡Señor!

P. LORENZO No se detenga. Las penas sin comunicación, ahogan.

ANTONIA Es verdad. ¡Siento aquí un peso!...

P. LORENZO De algo pueden valerle mis consejos.

ANTONIA Puede que sí. Se trata de un secreto.

P. LORENZO Que quedará guardado en mi corazón.

ANTONIA A usted me confío.

P. LORENZO Nada me oculte. Se lo ruego.

ANTONIA Hace algun tiempo vínose a vivir aquí al lado, una muchacha con un cuerpo más lindo que un jazmín y un alma que es más hermosa todavía. Simpatizó mucho con nosotros. Cayó enfermo mi hijo en cama gravemente, y ella se convirtió en su enfermera. Pero es el caso, señor, que se prolongó la enfermedad y se agotaron todos nuestros recursos y hasta los que le mandaron sus pobres compañeros. Nada había en casa. Todo se hallaba vendido o empeñado. Hasta los libros de estudio de Juan Miguel... Yo estaba angustiada viendo que mi hijo se moría y que ya faltaba el dinero hasta para pagar las medicinas... No había remedio para él... En estas angustias, vino un día Teresa, que así se llama aquella muchacha, y me dijo: «¡Señora Antonia, ya tenemos dinero!» Y me enseñó unos billetes de banco... La miré... Estaba pálida como la cera; pero el egoísmo de madre no me dejó ver por entonces la verdad. El caso era salvar á Juan Miguel. Pero otro día la interrogué para que me diese a conocer la procedencia de aquel dinero, y tanto la estreché, que le fué preciso decirme la verdad. ¡La in-

feliz se había vendido para salvar a mi hijo! ¡Aquel dinero era el precio de su deshonra.

P. LORENZO ¡Qué dolor tan grande!

ANTONIA El dolor viene ahora. Resulta que mi hijo está enamorado de Teresa.

P. LORENZO ¿Y ella?

ANTONIA Tambien le quiere; pero ha huído de esta casa con el objeto de que la olvide Juan Miguel y que ponga sus ojos en otra mujer más pura y honrada.

P. LORENZO ¡Poder divino! ¡Qué muchacha tan sublime! ¡Ah! Ya van asomando las hermosas partículas de oro que se esconden en el corazón de la Humanidad... Aquí está la mina.

ANTONIA Ya ve usted sino es poca la desgracia que se hubiera evitado...

P. LORENZO No se aflija...

ANTONIA ¿Tiene remedio esa desventura?

P. LORENZO ¿Quién sabe?

ANTONIA ¿Puede ser ella de Juan Miguel.

P. LORENZO Todo es posible, señora Antonia.

ANTONIA ¡Qué consuelo me da tan grande!

P. LORENZO Vamos a ver. ¿Su hijo nada sospecha?

ANTONIA Nada.

P. LORENZO La enfermedad debió ocasionar muchos gastos. ¿No ha preguntado de dónde salió el dinero para sufragarlos?

ANTONIA Tenía yo una prenda de algún valor... Una cruz de oro con cuatro brillantitos; recuerdo de mi madre... La empeñé también. Me dieron diez duros, pero a Juan Miguel se le figura que hemos sacado más de cien. Ese es su error.

P. LORENZO Descendamos hasta la infamia... Hasta el comprador de la honra ajena, aprovechándose de la miseria y la desgracia.

ANTONIA No sabemos quién es. Ignoramos su nombre.

P. LORENZO ¿Tampoco Teresa?

ANTONIA Tampoco.

P. LORENZO Entonces ¿cómo...?

ANTONIA Por mediación de una doña Rufina.

P. LORENZO Ya comprendo. ¿No hay ningún indicio ni dato que...?

ANTONIA No tengo valor para ocultárselo. Lo hay, sí, señor. El caballero dejóse olvidada la cartera llena de billetes de banco; la misma que le devolvió Teresa, con todo lo que contenía, menos un pequeño retrato que ella retuvo para sí.

P. LORENZO ¿Y ese retrato?

ANTONIA ¿Quiere usted verlo? Está en mi poder.

P. LORENZO Sí. Sí.

ANTONIA Espere un momento.

(Vase Antonia por la derecha.)

ESCENA VII

Padre LORENZO

P. LORENZO ¡Para esto sirve el dinero de los ricos! ¡Y la Compañía de Jesús sin enterarse, haciendo vida de lujo con los poderosos! ¡Calma!.. ¡Calma!.. Sigamos la exploración. Afortunadamente no se hace notar mi filiación de jesuita. Ha desaparecido debajo del bisoñé y el traje de seglar.

ESCENA VIII

Dicho y ANTONIA, por la derecha, con un pequeño retrato

ANTONIA Aquí está.

P. LORENZO (Examinando el retrato.) ¡Gran Dios!.. ¿Qué miro?

ANTONIA ¿Le conoce usted?

P. LORENZO Antes déjeme ver si no me engañan los

ojos. (Examina el retrato con mayor atención.) ¡Es él! No cabe la menor duda.

ANTONIA ¿Quién es?

P. LORENZO Si se lo ocultara no me haría digno de la confianza con que usted me ha honrado. Secreto por secreto. Confianza por confianza. Este es uno de estos grandes señores a quienes la Sociedad califica de muy dignos y respetables. Le distinguen los padres de familia. Le veneran los defensores del orden social. Le ensalza con sus prestigios la Iglesia. ¡Este es el duque de Bella Mar!

ANTONIA ¡Tan gran personaje!

P. LORENZO Sí. Tan gran personaje. ¡Sueño de redención, cómo te vas desvaneciendo! ¡Te ahoga el vicio! ¡Te cubre la podredumbre!

ANTONIA ¿Qué dice usted?

P. LORENZO Nada. Nada. Son gritos de la indignación de que estoy poseído. Ya he recobrado la calma. Dígame: ¿Esa doña Rufina?...

ANTONIA Habita en la calle del Pastor Divino, número 7, principal.

P. LORENZO Bien. Bien. La tendré presente. Ahora paciencia y tranquilidad. Ponga término a sus angustias y no pierda la esperanza. Yo meditaré sobre todo esto y veremos, veremos.

ANTONIA ¿No nos echará en olvido, señor?

P. LORENZO No por cierto. (Rumores dentro.)

ANTONIA Ya está ahí Juan Miguel; hablando con sus compañeros en la puerta.

P. LORENZO Conviene que nada sepa.

ANTONIA Tal creo.

P. LORENZO Guárdese el sobre con el billete. Ya se lo entregará cuando yo me vaya.

ANTONIA Está bien.

ESCENA IX

Dichos y JUAN MIGUEL, por el foro

MIGUEL ¿Una visita?

ANTONIA Juan Miguel, ¡bendice a este caballero!

P. LORENZO No tanto. Estreche mi mano.

MIGUEL Con mucho gusto, y más por lo que mi madre dice. (Le estrecha la mano.)

ANTONIA Hablen con toda libertad. Yo voy a mis quehaceres.

P. LORENZO Hasta luego.

(Vase Antonia por la derecha.)

ESCENA X

Padre LORENZO, JUAN MIGUEL

P. LORENZO (Viendo como hace mutis Antonia.) ¡Bendita mujer!

MIGUEL ¡Es mi madre! ¡Bendita sea!

P. LORENZO Ya la enteré del objeto de mi visita. Ella le pondrá luego en antecedentes. Ahora deseo conocer su opinión de obrero ilustrado, sobre estos grandes problemas que agitan al Mundo.

MIGUEL ¿Es usted periodista?

P. LORENZO No. Soy holandés. Me llamo Haroldo Ofding y estoy recogiendo informes para una obra que escribo de estudios sociales.

MIGUEL Mi opinión vale muy poco; pero pregunte y diré lo que sepa.

P. LORENZO ¿Cree usted posible la solución del actual conflicto entre el Capital y el Trabajo?

MIGUEL No, señor.

P. LORENZO ¿En qué se funda?

MIGUEL Con el dinero que hay en todo el mundo podría formarse un río de oro. ¿Y cuánto es el que corre? El cinco por ciento a lo sumo, o sea la vigésima parte. De modo, que por cada duro que hay en todo el mundo, solo hay veinticinco céntimos

en circulación utilizables para el Trabajo. El resto, o sea el noventa y cinco por ciento, se halla en poder de los avaros, en cuyas manos muertas el dinero no gira y no aprovecha para nadie. Pues bien; el dinero ocioso aumenta; el que se utiliza para la labor disminuye y la industria decae. A la vez, el Progreso y la civilización imponen al trabajador formas de vida que la encarecen, haciendo mayores sus necesidades. De manera que el conflicto tiene que agrandarse fatalmente hasta que se forme el inmenso bloque.

P. LORENZO La ola gigante.

MIGUEL Eso es; la ola gigante. Cuando esto ocurra, el choque será formidable.

P. LORENZO ¿Y si resurgiera un Poder que actuara enérgicamente sobre la conciencia de los ricos, para dar circulación a esos capitales estancados, favoreciendo el desarrollo de todas las industrias, hasta mejorar por completo la vida del trabajador?

MIGUEL ¿Donde está este Poder?

P. LORENZO Un poder de caracter religioso.

MIGUEL Todo elemento de ese caracter es precisamente el mayor enemigo que tiene la solución que usted noblemente acaricia. Díganlo los Jesuítas, por ejemplo. Ellos son los que acaparan el dinero, convirtiéndolo en tesoros del Sagrado Corazón de Jesús, sin que vaya ni un solo céntimo a manos del trabajador.

P. LORENZO ¿Y no podrían los Jesuítas realizar su conversión practicando las puras máximas del cristianismo?

MIGUEL ¿Los Jesuitas? Usted no les conoce.

P. LORENZO No, señor; no les conozco.

MIGUEL Son incapaces de llevar a cabo esa acción meritorio. Fíjese y verá como hacen todo lo contrario de lo que aconsejan

en sus sermones. Predican la paz y son guerreros. Enaltecen la humildad, y son soberbios. Aconsejan el desprecio a las riquezas, y se aprovechan de todos los medios, por censurables que sean, para enriquecerse. Adulan a los ricos, y desprecian a los pobres. ¿Cómo han de practicar ellos las sublimes máximas de Jesús?... Yo creo, por el contrario, que mientras haya un solo jesuíta en la Tierra, será imposible la felicidad de los hombres.

P. LORENZO Bien está, Juan Miguel. Es usted un obrero muy inteligente, y algo ha dicho de donde puede sacarse mucha luz y utilidad. Ya nos veremos.

MIGUEL Me consideraré muy honrado.

P. LORENZO Un buen consejo.

MIGUEL Diga.

P. LORENZO No fatigue demasiado el cerebro. Tiene usted una imaginación fogosa. Procure moderarla, para que se ponga en justa relación con la resistencia del organismo.

MIGUEL Vale mucho su consejo y lo tendré en cuenta.

P. LORENZO Adios.

MIGUEL Adios, señor.

(Vase el Padre Lorenzo por el foro.)

ESCENA XI

JUAN MIGUEL

MIGUEL Extraño mucho esta visita... ¿Ha venido sólo para conocer mi modesta opinión? ¡Ah! Ahora recuerdo que me dijo que mi madre me pondría en antecedentes. ¡Madre! ¡Madre!

ESCENA XII

Dicho y ANTONIA, por la derecha

ANTONIA ¿Se ha ido ya ese caballero?
MIGUEL En este instante.
ANTONIA Nada te ha dicho.
MIGUEL Me ha consultado sobre asuntos sociales para un libro que escribe.
ANTONIA ¡Bendícele, Juan Miguel!
MIGUEL ¿Por qué?
ANTONIA Toma. Mira lo que hay dentro de ese sobre. (Le entrega el sobre que contiene las mil pesetas.)
MIGUEL ¡Un billete de mil pesetas!
ANTONIA Tuyas son.
MIGUEL ¿Cómo?
ANTONIA Ese caballero es representante de una sociedad filantrópica que concede premios al Trabajo y la Virtud. Tú has sido uno de los agraciados.
MIGUEL ¿Y puedo tomar ese dinero sin detrimento de mi dignidad?
ANTONIA Y con la frente muy alta.
MIGUEL ¡Madre! ¿Qué dicha es esa?
ANTONIA Sí, hijo mío. Te dan ese dinero para que que puedas comprar libros.
MIGUEL ¿Libros? No, madre mía... ¡Qué pensamiento me acomete tan risueño! ¿Deseas mi felicidad?
ANTONIA Y tanto.
MIGUEL Este premio puede dármela... Estoy transportado de júbilo... Mi corazón se ensancha... Venceré todos los obstáculos... Allanaré todas las dificultades...
ANTONIA ¿Cuál es tu pensamiento?
MIGUEL Compartir mi dicha con la mujer cuya imagen se ha esculpido en mi alma. Unir mi destino al de aquella virgen

amorosa que contemplé en mis ensueños de fiebre y delirio.

ANTONIA ¿Qué dices?

MIGUEL (Abrazando a su madre.) No te alarmes, ancianica. Vivirás con nosotros.

ANTONIA Pero...

MIGUEL Ahogo con besos tus dudas y recelos... Nada temas... Nunca te separarás de tu hijo.

ANTONIA Dilo claro. ¿Quién es ella?

MIGUEL ¿No lo has adivinado? Quiero casarme con Teresa.

ANTONIA ¡Juan Miguel!

MIGUEL No me repliques.

ANTONIA Teresa ha desaparecido.

MIGUEL Mi amor sabrá encontrarla. ¡Adios, madre!

ANTONIA ¡Tan de súbito?

MIGUEL El tiempo es oro y mi impaciencia es grande. ¡Adios! (Besando a su madre en la frente.)

ANTONIA (Aparte.) ¡Desdichado!

MIGUEL (Al hacer mutis, revelando la inmensa pasión de que sión de que está poseido.) ¡Teresa! ¡Teresa!..

(Vase por el foro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO III

Sala de buena apariencia en la casa de Doña Rufina. Salidas al foro y laterales.

ESCENA I

Aparece sentado el Padre LORENZO en traje de seglar..

P. LORENZO La criada dijo que no tardaría en volver su ama, pero veo que doña Rufina sabe hacerse esperar... Tendré paciencia... Necesito convencerme en absoluto de la intervención que ha tenido en el desgraciado asunto de Teresa mi respetable amigo el señor duque de Bella Mar... Esta es la casa de sus visitas y secretos. Aquí es donde se rinde la hermosura esclava de la miseria... Esto no empece para que el señor Duque se enorgullezca con el honroso título de protector de la Sociedad que ha tomado a su cargo la misión de concluir con la trata de blancas... ¡Estas exploraciones entristecen mi ánimo!... Y eso que la sonda no ha llegado todavía hasta el fondo del cieno!...

ESCENA II

Dicho y Doña RUFINA por el foro con mantilla, que viene de la iglesia.

RUFINA Aquí estoy, caballero.

P. LORENZO Muy buenos días. (Levantándose).

RUFINA Ya me ha dicho la criada que me espera hace rato.

P. LORENZO No mucho.

RUFINA Tome asiento. No se incomode por mí. Con su permiso, me quito la mantilla. Hoy no me tocaba ir a misa... Es miércoles; pero mire usted qué casualidad! Me dió por ir a rezar a la iglesia al santo de mi devoción, y al volver me encuentro con la visita.

P. LORENZO Se conoce que usted es muy devota y amante de cumplir con sus deberes religiosos.

RUFINA Ya lo creo. Primero me falta el pan que la misa. Ya estoy lista... Ya podemos hablar. ¿Qué se le ofrece, caballero? (Tomando asiento al lado del Padre Lorenzo).

P. LORENZO Para ahorrarnos explicaciones le diré que yo soy amigo íntimo del duque de Bella-Mar.

RUFINA Corazón sin trampa, ¿por qué no me lo ha dicho en seguida?...

P. LORENZO Esperaba a que...

RUFINA No diga más. Ya sé a lo que viene.

P. LORENZO Admiro su perspicacia.

RUFINA Su amigo le habrá dicho...

P. LORENZO Sí; que es usted su persona de confianza.

RUFINA Ya lo puede decir... Va usted a ver una cosa buena. (Vase a una consola que habrá en un ángulo y saca de uno de los cajones un retrato). Mire que pimpollito de oro.

P. LORENZO Linda muchacha.

RUFINA ¿Le gusta? La tengo apalabrada.

P. LORENZO Vamos por partes, doña Rufina, vamos por partes. Antes deseo saber las condiciones en que mi amigo se entiende con usted para estos asuntos.

RUFINA Tiene razón; pero no olvide que de los adelantados es el reino de los cielos.

P. LORENZO No lo olvido; no, señora.

RUFINA Pues bien; el señor Duque me da cien duros al mes. Esto es para mí, ¿lo entiende?

P. LORENZO No me parece mucho.

RUFINA Ya me gusta usted. En cuanto le ví, dije para mis adentros: este caballero es una persona decente.

P. LORENZO ¿Por qué razón?

RUFINA Porque se pone en lo más justo y verdadero. Un señor con tantos millones debería darme mil pesetas mensuales, ¿no es verdad?

P. LORENZO Y aun me parece poco.

RUFINA ¡Ay! Si tuviera confianza le daría a usted un beso.

P. LORENZO Más adelante, doña Rufina, más adelante.

RUFINA Y eso que usted no conoce las rarezas que tiene su amigo.

P. LORENZO ¿Tiene rarezas?

RUFINA Y tanto. Me vuelve loca. Una porque tiene los ojos azules... Otra porque los tiene pequeños. Aquélla porque es muy alta... Esta porque es muy baja...

P. LORENZO Sin embargo... Sin embargo... Mi amigo me dijo que le puso usted en relaciones con una muchacha preciosa.

RUFINA ¿Le dijo el nombre?

P. LORENZO Espere a que haga memoria... Ya lo recuerdo. Díjome que se llamaba Teresa.

RUFINA ¡Ay sí!... (Va otra vez a la consola y saca otro retrato.) Mírela usted... La divinidad de las divinidades.

P. LORENZO (Aparte.) ¡Teresa! ¡Ella es!

RUFINA Lelo se ha quedado usted. Ya puede mirarla porque es un niño Jesús.

P. LORENZO Sí, señora. Lo confieso. Estoy admirado.

RUFINA ¡El trabajo que me dió esa muchacha! Dos meses anduve tras ella, sin conseguirla. Ya había perdido la esperanza cuando un día se me presenta y me dice: Doña Rufina, necesito cien duros. Y trato hecho.

P. LORENZO Tuvo suerte mi amigo.

RUFINA Y tanto; mas para mí ha sido una desgracia.

P. LORENZO ¿Una desgracia?

RUFINA Me explicaré... A esa muchacha le ha dado por la virtud, después que la ha perdido... Ya no hemos podido conseguir de ella ni esto... El Duque está medio loco... El otro día me dijo: ofrécela mil duros.

P. LORENZO ¿Y Teresa tampoco?

RUFINA Tampoco. ¿Sabe lo que me contestó? Que aunque le diera un millón.

P. LORENZO Las mujeres son así...

RUFINA Usted se ha embelesado mirándola.

P. LORENZO Me encanta este niño Jesús como usted dice, y para demostrárselo me quedo con el retrato.

RUFINA ¡Ay! no, caballero. Lo guardo como si fuera un talismán. Para mí esa imagen es una reliquia.

P. LORENZO Lo compro. Le doy por el... cien pesetas.

RUFINA ¿Cien pesetas? Bueno... Bueno.

P. LORENZO (Sacando de la cartera un billete.) Tome.

RUFINA Me lo arranca del alma... Se lo cedo porque quiero ser su amiga.

P. LORENZO El duque me ha dicho que es usted muy reservada.

RUFINA Mi pecho es un arca cerrada como suele decirse, y mi boca un candado. Si yo fuese de esas mujeres chismosas y habladoras... Así, así tengo yo los secretos!...

P. LORENZO ¿Creo que mi amigo fuera de estos asuntos?..

RUFINA No tiene tacha.

P. LORENZO La señora Duquesa, su esposa, es una dama virtuosísima

RUFINA Algo, algo.

P. LORENZO ¿Cómo?

RUFINA En materia de amores ya se sabe... Cada cual se apaña a su manera... Ella ya tiene un Jesuita que es su padre limosnero... Un buen mozo. ¿Entiende usted?... ¿Uff? ¡Si yo fuese habladora!...

P. LORENZO ¿Cómo se llama?

RUFINA El Padre Fluminio.

P. LORENZO ¿Flaminio querrá usted decir?...

RUFINA Eso es; Flaminio. Estaba trascordada.

P. LORENZO Me despido por hoy, señora Rufina. (Se levanta.)

RUFINA ¿Cuándo nos veremos?

P. LORENZO Muy pronto. A mi venida ya trataremos...

RUFINA Conforme. Ha tomado posesión de su casa.

P. LORENZO Hasta la vista.

RUFINA Adios, caballero.

P. LOREZNO (Aparte.) ¡El Padre Flaminio! Me voy avergonzado.

(Vase el P. Lorenzo por el foro.)

ESCENA III

Doña RUFINA

RUFINA Desde que tengo conocimiento no he visto un caballero ni más digno ni más decente. ¡Qué modales tan distinguidos! No tiene ni chispa de comparación con el otro. El Duque es más basto que un carretero. Estoy encantada. ¡Veinte du-

ros por un simple retrato! Se conoce que la Teresita le entró por el ojo derecho. ¡Qué lástima que esa muchacha no quiera ganar dinero! Ella se pesaria en oro y a mí me haría feliz! ¿Cómo ha de ser? Paciencia... Hoy es un día de suerte. ¡Veinte duros! Me parece un sueño. Esto debe ser obra del santo de mi devoción. Le pedí que me protegiera porque andaba este mes muy escasa de dinero, y efectivamente... No hago más que volver a casa y... ¡Veinte duros!... ¡Parece mentira que haya personas que no tengan fe! Mañana le voy a pedir al santo que me conserve a este parroquiano... Bien podrá venir una vez cada semana, y si es como parece más rumboso que el Duque, negocio hecho. Vamos, que hay que ir a misa todos los días.

(Vase por la derecha cogiendo la mantilla).

MUTACIÓN

CUADRO IV

Telón corto de pasillo en el Palacio de los Jesuítas. En el muro figuran muchos cuadros pintados al óleo, como es costumbre en tales edificios.

ESCENA I

Sale el Padre LORENZO con hábito talar por la derecha.

P. LORENZO ¡Qué tranquilidad reina en todo el edificio! ¡Cómo si la Paz imperase en el Mundo!... ¡Cómo si nada tuvieran que hacer los que se llaman soldados de Jesús fuera de su templo!... ¡Cómo si no hubiera pobres que socorrer, ni desventuras que

remediar!... ¿Cómo han de ejercitar las obras de misericordia encerrándose en estos Palacios, doradas islas que les separan del mar de las tristezas? ¡Qué conculcación tan grande de los deberes cristianos! En vez de desear la incomodidad y el sacrificio, hacen la vida tranquila y reposada... Huyen de la cruz de palo y veneran a la cruz de brillantes... Les acobarda el dolor y les entusiasma el lujo... Aquí ya no hay miserias... ¡No cruza por los ojos ninguna imagen como la de la pobre y abnegada Teresa!... No se escuchan los acentos doloridos de la madre transida de pena... Ni la voz del niño que pide pan... Ni el grito de rabia del padre infeliz que no puede dárselo... Todo eso palpita en otro ambiente... Hay que hablar sólo de la organización de la defensa social contra esos que tienen hambre... de las fiestas espléndidas y religiosas... de misas y sermones... ¿Cómo ha de girar todo esto? ¿Quién inculca en estas almas empedernidas la idea de convertirse a las puras máximas de Jesús? Aquí vienen el Padre Agustín y el Padre Flaminio.

ESCENA IV

Dicho y el padre AGUSTÍN y el padre FLAMINIO por la izquierda.

P. AGUSTÍN ¿Le interrumpimos en sus meditaciones?

P. LORENZO No. No. Celebro su presencia.

P. AGUSTÍN Sus órdenes se han cumplido.

P. LORENZO ¿Se han remitido ya a la fábrica de armas?...

P. AGUSTÍN Aquí está el talon (Entregándole un talón que lleva).

P. LORENZO Ocho cajas. Seis de ellas contenían los fusiles. ¿Supongo que en las otras dos se habrán encerrado las municiones?
P. AGUSTÍN Así es.
P. LORENZO Buen peso nos quitamos de encima. Las armas para el César... La cruz para el sacerdote... Nosotros no tenemos necesidad de convertir la casa de Dios en inexpugnable fortaleza... Nuestras puertas deben hallarse siempre abiertas para todo el Mundo. Entre quien quiera en nuestra morada, sea cual fuera el objeto que le encamine.
P. FLAMINIO ¿Y si es para matar?
P. LORENZO Defiéndanos quien deba hacerlo...
P. FLAMINIO ¿Y si nos dejan indefensos?...
P. LORENZO Debemos aceptar el sacrificio imitando a Jesús.
F. FLAMINIO ¡Hay que morir!
P. LORENZO Morir por la Piedad es una gloria
P. AGUSTÍN Nos retiramos.
P. LORENZO Quédase el padre Flaminio.
P. AGUSTÍN Está bien (Vásc el padre Agustín por la izquierda.)
P. FLAMINIO Me quedo.

ESCENA V

Padre LORENZO, Padre FLAMINIO

P. LORENZO Tiene usted mucho que labrar y que corregir en su alma.
P. FLAMINIO Auxílieme con sus luminosos consejos.
P. LORENZO Procuraré hacerlo. Emplearé una frase sintética para que su espíritu descubra la senda que debe seguir. El sacerdocio no es un oficio; es un sacrificio.
P. FLAMINIO Así lo creo yo también.
P. LORENZO No basta. Hay que demostrarlo con los hechos... Jesús no predicaba sólo las excelencias del sacrificio. ¡Fué sacrifica-

do!... No es un caso de oratoria; sino un caso de ejemplaridad el que debe inspirar nuestra conducta... Este es el orden que deben seguir los auxilios espirituales que necesita. Ahora pasemos a otra cosa. ¿Usted es el limosnero y confesor de la duquesa de Bella Mar?

P. FLAMINIO Y de otras muchas señoras. También la Marquesa de...

P. LORENZO No. No. No desviemos la cuestión. De la duquesa de Bella Mar.

P. FLAMINIO Desde hace dos años.

P. LORENZO Tampoco procede usted con justicia en el reparto de las limosnas que otorga la Duquesa.

P. FLAMINIO Me duele oirlo de sus labios, reverendísimo Padre.

P. LORENZO No es posible evitar el dolor, Padre Flaminio. El dolor es el gran pedagogo de la Vida.

P. FLAMINIO Mi conciencia me dicta que...

P. LORENZO La conciencia se crea con los hábitos... Si éstos son malos, aquélla acaba también por malearse... Usted reparte las limosnas. ¿Entre quiénes? Entre los necesitados qne simpatizan con la Orden... Para los obreros que quedan sin trabajo no se ha hecho la piedad de la señora Duquesa.

P. FLAMINIO ¿Pero es que los obreros?...

P. LORENZO También son hijos de Dios, Padre Flaminio. Sigamos adelante. ¿Usted visita con frecuencia a la señora Duquesa?

P. FLAMINIO No mucho... Es decir... Como los asuntos de la piedad se multiplican, se hace preciso que...

P. LORENZO Comprendido... Se hace preciso que usted la visite a diario.

P. FLAMINIO Tres días sí... Otros no. La señora Duquesa es una cristiana tan excelsa que...

P. LORENZO Está bien... pero no tiene derecho a secuestrar la piedad de un sacerdote...

P. Flaminio Se trata de la duquesa de Bella Mar...

P. Lorenzo Por eso mismo. Porque se trata de la duquesa de Bella Mar, le hago estas preguntas... Convendrá que vaya limitando el número de sus visitas. Fíjese en un hecho demasiado significativo para que no se advierta... El Padre Domingo es un anciano venerable por varios conceptos... El Padre Domingo no es ni confesor ni limosnero de ninguna de esas señoras. Le dejo para que medite profundamente sobre esto que acabo de decirle. Quede con Dios. (Vase el Padre Lorenzo por la derecha.)

ESCENA VI

Padre FLAMINIO que quedó en silencio, después de hecho el mutis del Padre Lorenzo, pasado algún tiempo, se dirige a la derecha, y con acento que revela la ira de que se halla poseído, dice:

P. Flaminio ¡Masón! (Vase por la izquierda).

MUTACIÓN

CUADRO V

El cuarto camerino de Teresa en el «Concierto azul». Salida única al foro.

ESCENA I

Aparece TERESA, sentada en traje de baile, estilo andaluz, envolviendo su cuerpo en un rico mantón de Manila.

Teresa ¿No hay más hombres en el mundo?... Para mí como si no los hubiera. No puedo arrancar de mi alma la imagen de Miguel. Para él son todos mis pensamientos

y sentidos... Ni en la escena, cuando bailo, me abandona su recuerdo. ¡Estoy perdida, porque esto no es vivir!... ¿Cómo olvidarle?... Imposible. ¿Qué otro recurso me queda?... ¿Quién soy yo para Miguel? Una mujer entregada al vicio... ¡Una perdida!... ¡Si él supiera! No... No... Que no lo sepa... ¡Decírselo! ¡Qué vergüenza! Sería como decirle... Págame lo que hice por tí... Quiéreme por el sacrificio.. Aguanta la afrenta... ¡Antes la muerte!... Ganas me dan de quitarme la vida.. Así desaparecería el estorbo para que él fuese feliz con otra y yo acabaría de padecer... Por un lado me alegro que sea dichoso, y por otro... por otro parece me pinchan con un clavo en el corazón... ¡La Muerte! Tras la angustia para morir... la paz... la tranquilidad con el olvido. ¡Qué dicha tan grande!

ESCENA II

Dicha y ENRIQUE, elegantemente vestido, por el foro.

ENRIQUE ¡Teresita!

TERESA (Levantándose). ¿Otra vez?

ENRIQUE Dispensa. Esta noche te encuentro más hermosa que nunca y no acierto a separarme de tu lado... ¡Si tú quisieras!...

TERESA No quiero. Déjeme en paz.

ENRIQUE ¡Qué rica estás, Teresita!

TERESA No se acerque tanto... Guárdeme el respeto que merezco.

ENRIQUE ¡Desdeñosa!... ¡Has de ser mía!

TERESA No abrigue esa ilusión. Yo no puedo ser de nadie.

ENRIQUE ¿Por qué motivo?

TERESA Porque no me sale del alma.

ENRIQUE Pero yo debiera ser una excepción para tí... ¿Sabes las mujeres que te envidian por la pasión que me has inspirado?

TERESA Buen remedio. Acuda usted a ellas.

ENRIQUE Yo te quiero a tí... Sólo a tí! Tú eres la que me desvive... ¡Pero que reteguapísima estás!...

TERESA (Rechazándole bruscamente). Alto. Váyase.

ENRIQUE ¿Me echas de tu camerino?

TERESA Póngase a raya.

ENRIQUE Bueno. Voy a darte gusto. Me comprimiré como dicen en la «Verbena de la Paloma», pero algo tienes que hacer en mi obsequio... No me trates con tanta altivez. Escúchame.

TERESA Yo escucho a todos los que me hablan cuando no se propasan.

ENRIQUE A ver si eres juiciosa, Teresita.

TERESA Ahora me pide juicio... Este es el mundo al revés.

ENRIQUE Sea por lo que fuere has inflamado mi corazón. No sé que es lo que encuentro en tí que se diferencia de las demás mujeres... Pues bien: corresponde a mi cariño y te hago dueña de una casa con criados y automóvil... Dejarás tus bailes y vivirás como una princesa. ¿Aceptas?

TERESA Quiero ganar mi pan con mi trabajo. El automóvil para ustedes los ricos. Yo soy pobre y voy mejor a pie.

ENRIQUE ¿Rechazas la fortuna que te ofrezco?

TERESA Voy a concederle algo... Le agradezco el ofrecimiento, pero no me sirve.

ENRIQUE Estoy confundido.

TERESA Tendré que decírselo para que recobre la serenidad. Yo no soy dueña de mi corazón y nada puedo aceptar de lo que me propone.

ENRIQUE ¿Tienes un amante?

TERESA Amante, no.

ENRIQUE Tú, amor romántico... Ja... ja... ja... Teresita, tú no estás buena.

TERESA — Estoy enferma; ya lo sé.
ENRIQUE — Esta vez te ha salido un poquito desigual... Acaso tú no sabes lo que es el amor? Ja... ja... ja...
TERESA — Ríase cuanto le plazca...
ENRIQUE — ¿Pero lo sabes o nó?
TERESA — Y aunque lo supiera. ¿Qué le importa a usted? Quiero a un hombre con toda mi alma.
ENRIQUE — ¿Lo dices con seriedad?
TERESA — Y tanto.
ENRIQUE — Pero ese hombre... ¿Quién es?... ¿Cómo permite que bailes y te ganes la vida tan mezquinamente? Ese hombre no te quiere.
TERESA — Es pobre.
ENRIQUE — ¿Tienes pruebas de su cariño?
TERESA — (Sombríamente tomando asiento). No lo sé.
ENRIQUE — Te has caído, Teresa...
TERESA — Sí. Me he caído; mas no volveré a caer como no sea en la cama de todos y de donde ya nadie se levanta.
ENRIQUE — ¿Qué estás diciendo?
TERESA — ¡Qué sé yo! (Muy huraña).
ENRIQUE — ¿Tan grande es el cariño que le tienes?
TERESA — Ya lo he dicho. (Secamente).
ENRIQUE — ¡Teresita!... No te creo. (Muy tiernamente acercándose a ella).
TERESA — (Levantándose). ¿Quiere usted dejarme sola?
ENRIQUE — Calma esta fiebre ardiente que me devora con un beso. Dame un beso y me voy.
TERESA — Basta.
ENRIQUE — Me has de dar un beso. (Cogiéndola de una mano).
TERESA — (Dándole una bofetada con la otra). Tome usted por atrevido.
ENRIQUE — ¡Me has afrentado!
TERESA — Suya es la culpa.
ENRIQUE — Te acordarás de mí, Teresita. Esto pide venganza.
TERESA — Bueno. (Encogiéndose de hombros).

ENRIQUE ¿Me das un beso?

TERESA (Con gran imperio señalándole la puerta del foro). Salga de aqui.

(Váse Enrique por el foro).

ESCENA III

TERESA. (Dentro orquesta con música de couplet).

TERESA Quiere hacerme suya a la fuerza... Cree que con el dinero todo se alcanza... ¡Algún dia!... Ahora no está Miguel en la cama, muriéndose, el pobrecillo... No hay que hacer gastos para alimentarle ni pagar medicinas... ¡Cada vez que alguno me ofrece dinero abre la herida que tengo aquí oculta en el pecho!

ESCENA IV

Dicho y DON FELIPE por el foro.

FELIPE ¿Qué has hecho, Teresita?

TERESA ¿Ya lo sabe?

FELIPE ¿Pero estás loca?...

TERESA No, Don Felipe, no estoy loca... Quiso atropellarme y le dí una bofetada.

FELIPE ¿Al duquesito de?...

TERESA Sí señor... Al duquesito de Bella Mar... Acaso no es hombre y no tiene cara para afrentarle asi como tiene malas acciones.

FELIPE ¡Qué atrocidad!

TERESA Adviértale que no me falte.

FELIPE Alguien te da malos consejos. Ese joven

puede hacer tu dicha... El y sus amigos forman la peña, que nos da sostén a todos... El otro día le diste un disgusto serio al baroncito del Poblar... Al cabo disgustarás a todos los autos y adiós mi dinero.

TERESA — No será mía la culpa.

FELIPE — Mira, Teresa: tú olvidas que aquí no se considera a ciertas artistas por lo que valen, sino por lo que aprovechan, como mujeres. ¿Lo entiendes bien?

TERESA — Ya lo creo; como que lo dice usted muy claro.

FELIPE — Reconcíliate con el duquesito. Tienes en tu cuerpo la línea voluptuosa. Aprovéchala.

TERESA — De ningún modo.

FELIPE — Te lo suplico.

TERESA — No es posible, Don Felipe. No se canse.

FELIPE — ¡Pero ese muchacho no es rico, no es noble, no es guapo! ¿Qué más deseas?

TERESA — Le desprecio.

FELIPE — Teresa vas a perderme. Esto no puede continuar así... Los autos se van a unir contra tí.

TERESA — Bueno; me marcharé.

FELIPE — No, mujer. No lo digo por tanto. Eres más viva de genio qne la pólvora inflamada. Esta noche suprimiremos tu número de baile porque la peña está irritada y podría hacerte objeto de alguna manifestación de desagrado... Consúltalo con la almohada y acabarás por darme la razón...

TERESA — Se equivoca usted. Y si me hacen alguna grosería no vuelvo a salir.

FELIPE — ¡Bueno! ¡Bueno! Estás soliviantada y no habrá razones que te convenzan. Piénsalo bien, Teresita; piénsalo bien. sino por ellos por mí... (Cesa la música). Ya ha terminado el número. Queda con Dios.

TERESA — ¡Buenas noches!

ESCENA V

TERESA

TERESA — Voy a perder mi contrata... Ya lo veo. Ese duquesito ha calificado mi cariño de amor romántico... ¡Romántico! ¿Y por qué? ¿Por qué no se mancha? ¿Por qué se esconde en el corazón como si fuera una perla?... El arte es lo que menos importa, dice bien Don Felipe. Hay que agradar a los autos... Me echarán de aquí y de todos los conciertos donde vaya con mi amor romántico... Hay que rodar... rodar por la pendiente hasta llegar al fondo... Hoy con uno... mañana con otro... Ay! Miguel! Miguel!... ¡Qué desgraciada es tu Teresa! ¿Y si Miguel me amase? Se desencantaría al saber que... No hay esperanza... ¡Otra vez la angustia en el pecho!... Qué sensación tan grande se nota aquí... aquí... ¿No habrá ningún remedio para este mal?... Quisiera bailar... aturdirme... saltar como una loca... ¿Pero cómo... cómo se alegra al alma? ¿Qué idea? ¿Bebiendo acaso?... Aquí tengo una botella de Jerez. El vino hace olvidar las penas del amor, como cantan en «Marina». Sí... Sí... Observaré el efecto que me produce. (Llena un vaso y bebe). ¡Qué calor se derrama por todo mi cuerpo... ¿Se hallará aquí el remedio?... Otro sorbo... (Vuelve a beber). Parece que se reanima el corazón... Que la angustia decrece... Más vino... Más vino... (Pone más vino en el vaso y repite). Parece que quiera volar como una mariposa... Me dan ganas de reir... Ja... ja... ja... ¿Sería yo feliz con el duquesito? Los dos juntos, en el automóvil... Yo vestida a su lado como una princesa... ¿Y por que nó? Ja... ja...

ESCENA VI

Dicha y JUAN MIGUEL por el foro.

MIGUEL ¡Teresa! ¡Teresa!

TERESA ¡Juan Miguel!

MIGUEL Te sorprende mi presencia... Ya lo presumía...

TERESA ¿Eres tú?

MIGUEL Teresa. ¿Por qué me abandonaste?

TERESA Yo... Yo...

MIGUEL No eras tú la mujer que silenciosa me contemplaba cuando me hallaba fluctuando entre la vida y la muerte?

TERESA Sí... Sí.

MIGUEL ¿No eras tú la que ponía en mis labios secos el agua fresca que calmaba mis ansias de sed ardiente?

TERESA ¡Yo era!... ¡Yo era!

MIGUEL ¿Me abandonaste por temor a mi agradecimiento?

TERESA No... No...

MIGUEL ¿Y dónde te encuentro?... En lugares de licencia y libertinaje. ¿Y cómo te hallo? Vestida en traje de baile... ¡Me has matado!...

TERESA ¿Por qué? ¿Por qué te he matado?

MIGUEL Porque te busqué para decirte... Teresa: Yo no puedo vivir sin tí... Grabada que daste desde entonces en mi espíritu como una virgen amorosa... ¿Quieres mi alma? ¿Quieres mi vida? ¿Quieres que compartamos la suerte? ¿Quieres que unamos nuestros destinos con cadena de flores?...

TERESA Ja... ja... ja...

MIGUEL Así te ríes...?

TERESA (Ofreciéndole el vaso después de llenarlo de nuevo). Toma; bebe.

MIGUEL ¿Esta es la respuesta que merezco?

TERESA El Jerez cura las penas del amor... Bebe, Juan Miguel; bebe.

MIGUEL Aparta... ¿Te has entregado también a la bebida...?

TERESA Sólo por esta noche. ¿Y bien, qué quieres?

MIGUEL ¿No lo has oído?

TERESA Vuélvelo a decir...

MIGUEL Deseo saber categóricamente una cosa. ¿A quién te perteneces?

TERESA Esta noche al Jerez.

MIGUEL ¿Sigues o no siendo aquella virgen de mis ensueños...?

TERESA ¡Virgen! ¡Virgen! Ja... ja... ja...

MIGUEL Estás bebida...

TERESA ¡Miguel! ¡Miguel! *(Con acento salido del alma).*

MIGUEL ¿Quién te arranca esos gritos que parecen ayes? ¡Vaya una borrachera!

TERESA ¿Porqué has venido?

MIGUEL ¿Eres pura? ¿Eres honrada?

TERESA No. No lo soy. No quiero engañarte.

MIGUEL ¡Corazón mío! Cesa en tus anhelos. ¡Ya no vueles pensamiento! Ya no hay esperanza... Venga el vaso...

TERESA Toma.

MIGUEL A la salud de tus amantes...

TERESA ¿Lloras, Miguel?

MIGUEL De rabia. De desesperación... Acaricié una dicha que era la flor de mi vida y cae a tus pies deshojada... ¿Quieres alegría?... Pues alegría.

TERESA ¡Ay de mí! *(Dejándose caer angustiada en una silla).*

MIGUEL ¿Lloras tú? A mí me arranca lágrimas el dolor. A tí te hace llorar el vino.

TERESA *(Levantándose súbitamente).* No. No lloro... ¡Jerez! ¡Jerez! *(Bebiendo).* A beber... A beber y apurar...

MIGUEL Adiós, Teresa.

TERESA Así te vas, Miguel?

MIGUEL Tu alegría me hace daño. La mía te hace

llorar... No es para nosotros la alegría.

TERESA Bebe. Bebe.

MIGUEL No. No quiero embriagarme... Tú resbalas a gusto; yo no... Tú alientas con placer en este ambiente. A mí me asfixia... Me avergüenza...

TERESA Pero no comprendes que...

MIGUEL ¿Qué quieres que comprenda? Habla...

TERESA Ja... ja... ja...

MIGUEL ¿Otra vez? Basta. Adiós para siempre. (Me voy con el corazón hecho pedazos... ¡Es una perdida!). (Váse por el foro).

ESCENA FINAL

TERESA

(Sigue riendo pero, poco a poco, sus carcajadas van modulando, hasta que se deja caer en una silla, prorrumpiendo en un sollozo. Debe estudiar mucho la actriz esta explosión de dolor profundo).

FINAL DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

CUADRO VI

La casa de Juan Miguel del cuadro II.

ESCENA I

JUAN MIGUEL.

MIGUEL ¡Oh, Teresa! ¡Oh dolor! ¿Cómo arrojaste a la charca del vicio el jazmín de tu hermosura? ¡Cuántos ensueños de felicidad has derribado!... Yo deliraba por la gloria del sabio... Admiraba a los grandes poetas... Leía y releía a Carlos Marx entusiasmado, como si hubiese de salir de aquella lectura la solución del problema social... Pero un día leí en tus ojos ¡oh Teresa! y me pareció ver en ellos un ideal más hermoso; una gloria más pura... Pareciéronme vidrieras de un cielo misterioso, al través de cuyos cristales me sonreía un alma candorosa y pura... Un alma llena de amor... Sabios y poetas quedáronse relegados al olvido... En cada libro y en cada una de sus páginas se me aparecía tu imagen... Pretendía estudiar la ciencia de la vida y era amor lo que sacaba de aquella ciencia. ¡Amor! El arrobamiento del espíritu!... ¡El imán de las esperanzas!... Y todo eso ha caído en el lodazal de las más bajas pasiones!... ¡El angel de luz manchó sus alas!... ¡Oh, Teresa! ¡Oh, dolor!... ¿Quién viene?

ESCENA II

Dichos y OBREROS I y II con otros varios por el foro.

OBRERO I Juan Miguel, buenos días.

OBRERO II Nos alegramos de hallarte.

MIGUEL Aquí estoy, amigos.

OBRERO I ¿Qué te pasa, compañero? ¿Te has arrinconado? No te vemos por parte alguna.

MIGUEL Del trabajo a mi casa. De mi casa al trabajo. Las horas libres las dedicó al estudio.

OBRERO II ¿Entonces no sabes lo que ocurre?

MIGUEL ¿Qué ocurre? Decidmelo.

OBRERO I Allá va de rondón. Pasado mañana paro general.

OBBERO II Ya era hora.

OBRERO I ¿Qué te parece?

MIGUEL Contad comigo.

OBRERO I ¡Viva Juan Miguel!

TODOS ¡Viva!

MIGUEL No me es tan desconocido como pensáis el motivo que os induce al paro general. Lo hacéis para secundar a nuestros compañeros que en otras ciudades se hallan en lucha por el triunfo de nuestra común aspiración. Vuestro soy, compañeros; y si es preciso morir, yo os daré el ejemplo. Yo seré el primero en caer.

OBRERO I Caeremos todos.

OBRERO II Venga esa mano... Me quitas un recelo que me hacía mucho daño. Creí que tú sólo servías para echar discursos. Que todo tu entusiasmo por la Idea se reducía a cuatro versos y a cuatros palabras.

MIGUEL — No, amigos míos. Yo siento como vosotros la necesidad de la lucha. Ahora es el compañerismo la fuerza que nos empuja y no tenemos más remedio que cumplir con nuestro deber. Esto no obstante, no me cansaré jamás de recomendaros la mayor prudencia. Hay que evitar en lo posible todo sacrificio estéril.

OBRERO I — Lo evitaremos.

OBRERO II — El caso es echarnos a la calle todos juntos... El Pueblo en masa tiene mucha fuerza.

MIGUEL — La tendrá en un día, de tal modo avasalladora, que nadie podrá oponerse a su voluntad.

OBRERO I — ¿Y cuándo llegará ese día feliz?

MIGUEL — Cuando se forme la ola gigante.

OBRERO II — ¿Qué es eso de la ola gigante?

MIGUEL — La frase no es mía, pero la he recordado porque la encuentro muy ajustada. El Mundo es lo mismo que un mar inmenso... Cada Pueblo es una ola... Los esclavos del trabajo, que son los más, han comprendido que hay una injusticia social difundida y amparada por los privilegiados de la fortuna que son los menos. Así es como ha empezado a formarse el oleaje de aquel mar tranquilo. Hoy hay tempestad aquí... Mañana hay tormenta allá, hasta que todas esas olas encrespadas se junten... Entonces vendrá la ola gigante.

OBRERO I — Muy bien dicho, Miguel.

OBRERO II — Tenemos que dejarte con la miel en la boca. Tenemos mucho qué hacer. No sabes la alegría que nos has dado.

OBRERO I — Adios, Miguel.

MIGUEL — Adios, compañeros. Hasta pasado mañana.

(Vánse todos por el foro, menos Miguel.)

ESCENA III

JUAN MIGUEL.

MIGUEL Una vez en la calle no hay mano que pueda detener los arrebatos del Pueblo. Que haya lucha... No importa... Que me alcance una bala y que me parta el corazón. No hay que afligirse. Lo que dijo Espronceda: ¡Qué haya un cadáver más qué importa al mundo!

ESCENA IV

Dicho y señora ANTONIA por la derecha.

ANTONIA Y tu madre que sucumba de pena.
MIGUEL ¡Oh, madre! ¿Me has oido?
ANTONIA Que venga otra bala y que me parta a mi también el corazón.
MIGUEL ¡No me acordaba de tí!
ANTONIA Por eso he venido... Para hacerte memoria.
MIGUEL Soy un ingrato.
ANTONIA Desbarraste hablando hoy con tus compañeros. El otro día te hallé mas pacífico y prudente.
MIGUEL El Pueblo sufre mucho.
ANTONIA Tú eres el que sufres... Crees que tu madre es tonta. El otro día tenías esperanzas... Confiabas en el amor de Teresa y eras feliz con tu ilusión. Hoy las circunstancias han cambiado... Te consideras el más infeliz de los hombres y miras las cosas por un cristal diferente... Antes necesitabas vivir para querer y tus consejos eran de paz y concordia...

Ahora ya no te importa la vida y hablas con gusto de guerra y exterminio.

MIGUEL Perdón, madre, perdón. En el fondo dices la verdad... No te aflijas. En paz como en guerra, prometo acordarme siempre de tí. Tu imagen será mi escudo.

ANTONIA Bien, hombre, bien; ya me basta. Por lo demás, ya sé que te perteneces a tus compañeros y que no es justo que les abandones.

ESCENA V

Dichos y el Padre LORENZO vestido de seglar por el foro.

P. LORENZO Llego en buena hora.

ANTONIA Bienvenido sea.

MIGUEL Llega a buen punto. Estreche mi mano y reciba la expresión de mi profunda gratitud. (Se estrechan la mano.)

P. LORENZO Sobra la gratitud donde empieza la Justicia. Cumplo mi promesa, señora Antonia.

ANTONIA No me extraña. Abrigaba la seguridad de que pronto nos visitaría de nuevo.

MIGUEL ¿Qué objeto le trae, señor?...

P. LORENZO Uno muy importante y que le afecta muy vivamente.

MIGUEL ¿A mí?

P. LORENZO Tome asiento en su mesa escritorio... Provéase de una cuartilla de papel y prepárese a sacar unas cuentas...

MIGUEL Obedezco. (Se sienta donde se le indica.) Ya está el papel sobre la mesa. Vengan las cuentas.

P. LORENZO Hágame el favor, señora Antonia, de sacar todas las recetas del médico y papeletas de empeño que obran en su poder.

ANTONIA Voy al punto. (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

El Padre LORENZO y JUAN MIGUEL.

P. LORENZO Conviene que no se sorprenda mucho por adelantado... Resérvese, amigo mío, para el desenlace.

MIGUEL ¿De qué se trata?

P. LORENZO De un acto solemne de justicia... De la reivindicación de ciertos hechos que han llenado de sombras una conducta abnegada y generosa... Un alma llena de luz.

MIGUEL No le comprendo.

ESCENA VII

Dichos y ANTONIA por la derecha.

ANTONIA Aquí están. (Entregándole al P. Lorenzo los papeles que trae.)

P. LORENZO Muy bien... Estas son las recetas. Juan Miguel saque la suma de esas cantidades.

MIGUEL (Tomando las recetas.) Está bien... (Escribe.)

ANTONIA (Aparte al P. Lorenzo.) Estoy temblando, señor.

P. LORENZO Nada tema. Preciso es que se descubra la verdad.

ANTONIA Será muy fuerte la emoción.

P. LORENZO No importa.

MIGUEL La suma son doscientas ochenta y ocho pesetas.

P. LORENZO Ahora indique usted a su hijo, poco más o menos, los gastos que le ha ocasionado su enfermedad.

ANTONIA Los tengo bien calculados. Añade a esa

suma cuatrocientas pesetas de alimentos que fueron muy costosos porque se mataron muchas gallinas para que nunca faltasen las tazas de caldo.

MIGUEL Ya está... Seiscientas ochenta pesetas en total.

P. LORENZO Ese es el Debe. Ahora vamos al Haber. Cobrado por el empeño de una alhaja antigua con cuatro pequeños brillantes... Cincuenta pesetas.

MIGUEL ¿Cómo es eso, madre? ¿Sólo te dieron diez duros por el empeño de aquella alhaja?

ANTONIA Y aun les pareció demasiado.

P. LORENZO Aquí está la papeleta. Cerciórese usted.

MIGUEL (Tomando la papeleta.) Si... Sí... Cincuenta pesetas. Yo creí que habías sacado lo menos trescientas.

P. LORENZO Apunte usted. Por socorros de los compañeros, doscientas pesetas.

MIGUEL En suma doscientas cincuenta. Así resulta el Haber inferior al Debe. ¿Qué es esto, madre? ¿Y el resto? ¿De dónde salió el dinero? (Pausa.) ¿Qué significa ese silencio? ¿Usted no dice nada tampoco?

P. LORENZO Nada digo... Mueva usted el pensamiento.

MIGUEL ¿Qué misterio hay aquí? Doy vueltas a la imaginación y no acierto a descifrarlo.

P. LORENZO Piense en las personas que le rodeaban cuando se hallaba enfermmo.

MIGUEL Mi madre y Teresa. ¿Quién sufragó aquellos gastos? Teresa no pudo ser porque era tan pobre como nosotros.

P. LORENZO Amigo mío, la incisión que vamos a producir en su alma tiene que ser muy profunda, pero es preciso llevar a cabo esta dolorosa operación. Desesperada Teresa viendo que usted hubiera perecido al faltarle los recursos necesarios, buscó el dinero.

MIGUEL ¿Ella? ¿Y de dónde?

P. LORENZO Le proporcionaron cien duros a cambio de...

MIGUEL ¿A cambio de qué?

P. LORENZO A cambio de su hermosura.

MIGUEL ¡Madre!

ANTONIA Esa es la verdad, hijo mío.

MIGUEL ¡Teresa! ¡Luz de mi vida! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

P. LORENZO (Acercándose a Miguel mientras éste permanece abismado en su pena.) Llegue mi voz hasta el abismo de su pena... Teresa es un sér hermoso... Los ángeles como ella son tan puros que no hay mancha que pueda obscurecerlos. El sacrificio de Teresa no sólo es digno de piedad. Merece consideración y respeto... Usted que tiene un gran corazón aun puede hacerla dichosa. Cásese con ella.

MIGUEL Ya es tarde, señor; ya es tarde. Teresa se ha entregado al vicio por completo. Ya es una rosa ajada de lupanar... Se ha hecho indigna de todo amor honrado.

ANTONIA ¿Qué dices?

MIGUEL Sí, madre, sí. Lo he callado para no producirte este nuevo dolor... Teresa es una *cocotte* sin más amor que el placer impúdico... Sin más deleite que la juerga y la embriaguez.

ANTONIA ¿Teresa? No lo creo.

MIGUEL Yo mismo lo he presenciado. Aun llevo la herida aquí dentro... ¿Por qué no me dejó morir esa desdichada? ¡Me dió la vida para entregarme a la muerte!

P. LORENZO ¡Calma! ¡Calma! Usted no tiene la suficiente experiencia de la vida para hacer un juicio tan cruel de la conducta de Teresa.

ANTONIA ¡Cierto! ¡Cierto!

MIGUEL ¡Soy testigo!

P. LORENZO No basta.

ANTONIA No basta.

P. LORENZO ¿Dónde trabaja Teresa?

MIGUEL En el «Concierto azul». ¡Desdichada! ¡Desdichada!

P. LORENZO Calme la tempestad de su espíritu y suspenda todo juicio. No ofendamos la memoria de Teresa con malas sospechas. Hagámosla esta obra de misericordia que acaso resulte una obra de justicia... Mañana por la tarde le espero en el «Concierto azul.»

MIGUEL ¿Desea cerciorarse por sí mismo?

P. LORENZO Efectivamente.

MIGUEL Allí nos veremos.

P. LORENZO Pongo fin a esta entrevista porque reclaman mi atención otros asuntos. Hay muchos desdichados a quienes socorrer. Adios, señora Antonia.

ANTONIA ¡Bendita sea la hora en que vino a esta casa!

P. LORENZO Adios, Miguel.

MIGUEL Gracias por todo.

P. LORENZO No falte a la cita.

MIGUEL No faltaré.

(Váse por el foro el P. Lorenzo.)

MUTACIÓN

CUADRO VII

Telón corto de pasillo en el Colegio de los Jesuítas, del cuadro IV.

ESCENA I

Aparecen por la derecha los Padres FLAMINIO, LEOCADIO y MENDOZA.

P. FLAMINIO Aquí fué en este pasillo.

P. MENDOZA ¿Y se atrevió a decirle?...

P. FLAMINIO Sí. Que hacía mal uso de las obras de piedad de la señora Duquesa... Que repartia sólo las limosnas entre los necesitados que simpatizaban con la Orden...

Me llenó de improperios... Yo los sufrí con resignación cristiana.

P. MENDOZA A mí también me ha amonestado severamente. No le parece bien que acepte las invitaciones que las damas cristianas me hacen convidándome a su mesa... Hasta osó decir que semejante conducta era más propia de Heliogábalo que de un siervo humilde y sobrio de Jesús.

P. FLAMINIO ¡Yo estoy afrentado!

P. LEOCADIO A mí me ha prohibido fumar puros habanos, alegando que no es justo que un sacerdote derroche en humo tanto dinero.

P. MENDOZA A mi juicio este padre Lorenzo es un enemigo solapado de la Orden.

P. FLAMINIO Por ahí... por ahí, padre Mendoza.

P. LEOCADIO Preconiza la escuela liberal. No puede ser bueno.

P. FLAMINIO Yo creo que se trata de uno de esos jesuítas filosofastros alejados de la realidad y de las exigencias que impone la la lucha que nos hallamos sosteniendo contra los impíos... No cree en la divina gracia... Se viste de seglar para codearse con el pueblo... Prefiere auxiliar al adversario que al amigo... ¡Funestísimo! ¡Funestísimo!

P. MENDOZA Nos ha dejado indefensos ante la inminencia de un ataque de las turbas... Nos ha desarmado totalmente... ¿Quiérese más prueba?

P. LEOCADIO El padre Agustín no debió consentir en ello... Estamos a merced del populacho.

P. FLAMINIO ¡Y en qué ocasión! Cuando hay temores vehementísimos de huelga general. Cuando la inquietud se apodera de todos los ánimos y el malestar cunde en todas las esferas sociales.

P. MENDOZA Si el Padre General no toma una resolución enérgica, preveo días muy tristes para la Orden.

P. LEOCADIO Aquí viene el padre Agustín.

ESCENA II

Dichos y el Padre AGUSTIN por la izquierda.

P. AGUSTIN Adivino el motivo que les congrega. Les aconsejo calma y prudencia, sobre todo mucha prudencia.

P. FLAMINIO ¿Hay esperanza, padre Agustín?

P. MENDOZA ¿Nos veremos libres de este hombre?

P. AGUSTIN He formulado contra él nuevos cargos ante el Padre General. En el pliego que ayer mandé a Roma le digo que no respondo del orden moral ni de la disciplina de los Padres jesuítas, sino se toma una providencia decisiva que solucione el conflicto.

P. LEOCADIO ¡Magnífico!

P. MENDOZA No en vano pusimos nuestra confianza en usted.

P. FLAMINIO ¡Loado sea Dios!

P. LEOCADIO Este filosofastro pesa sobre nuestras conciencias como una losa de plomo.

P. MENDOZA Que se vaya a Roma.

P. FLAMINIO Pero pronto... pronto.

P. AGUSTIN ¡Calma! ¡Calma! Prométanme contener su justa indignación y les haré partícipes de otro hecho de gran importancia.

P. MENDOZA Nos contendremos.

P. LEOCADIO Hable sin temor alguno.

P. FLAMINIO Mis fundadas quejas obligaron al Padre General à remitir una orden al padre Lorenzo para que se volviese a Roma inmediatamente.

P. LEOCADIO ¿Y no la ha cumplido?

P. MENDOZA ¿Luego es un rebelde?

P. FLAMINIO Se le arroja a viva fuerza.

P. AGUSTÍN No hay que desbarrar. El padre Lorenzo debe tener un prestigio muy grande en el Vaticano... Ello es que no solamen-

te no ha obedecido la orden sino que logró con sus influencias que se revocase el acuerdo.

P. FLAMINIO ¿Será tan grande su poder?

P. LEOCADIO Debemos ir con pies de plomo.

P. MENDOZA No hay que negar que es un sabio.

P. FLAMINIO Nadie lo niega.

P. AGUSTIN No creo, sin embargo, que su influencia resista a los nuevos cargos que he fulminado contra él.

P. MENDOZA ¿Y si a pesar de todo... se declara rebelde?

P. FLAMINIO ¿Qué hacemos en tal caso?

P. AGUSTIN Si tal aconteciese, procederíamos a su detención y arresto aquí mismo dentro del Colegio.

P. FLAMINIO Si es necesario emplear la violencia cuente con nosotros, padre Agustín.

P. MENDOZA Le agarramos entre todos y le llevamos al sótano.

P. LEOCADIO ¡A la mazmorra!

TODOS ¡A la mazmorra!

P. AGUSTIN ¡Silencio! Creo que ha llegado... (Señalando a la derecha.)

P. MENDOZA Tengamos prudencia.

P. FLAMINIO Vamos a la capilla... Le pediremos auxilio a la Virgen.

P. LEOCADIO Bien pensado.

P. AGUSTIN Vamos. (Vánse por la izquierda.) Mutación.

CUADRO VIII

Gabinete lujosísimo en el palacio de los duques de Bella Mar, con salidas laterales y al foro.

ESCENA I

Aparecen el DUQUE, la DUQUESA y ENRIQUE cortando cupones de un gran número de obligaciones y pólizas que habrá sobre una mesita. Los cupones cortados los colocan dentro de un pequeño y elegante canastillo.

DUQUESA Me parece, esposo, que no te agrada mucho esta ocupación.

DUQUE — Efectivamente ya me voy cansando. Es harto aburrido hacer siempre lo mismo.

DUQUESA — En cambio Enrique está en sus glorias.

ENRIQUE — Algo hay que hacer, mamá. El trabajo es una virtud, como dice el padre Flaminio.

DUQUE — Ya me cansé. Son muchos millones los que faltan todavía. Seguid vosotros la tarea. Voy a ojear este diario. (Se separa y toma asiento en otro lugar apartado para hacer lo que indica.)

ENRIQUE — (Sin dejar de cortar cupones y por lo bajo a su madre. Las cinco mil pesetas, mamá... las cinco mil pesetas.

DUQUESA — (Como si nada hubiera oído, dirigiéndose al Duque.) Si trae alguna noticia importante leéla en alta voz.

DUQUE — Lo de siempre. Soserías.

ENRIQUE — No te hagas la desentendida. ¡Necesito esa suma! (Aparte a la Duquesa.)

DUQUESA — No me hables; eres un derrochador.

ENRIQUE — No sabes salir de la misma tecla.

DUQUE — ¿Qué dice ese?

ENRIQUE — (Muy humildemente.) Nada, papá.

DUQUESA — Sigue tu lectura. No te preocupes de nosotros.

ESCENA II

Dichos y el padre FLAMINIO por el foro.

P. FLAMINIO — ¡A la paz de Dios!

DUQUESA — ¡Ah! El padre Flaminio!

DUQUE — Adelante, Padre, adelante.

P. FLAMINIO — ¿Qué tal? (Saludando al duque.)

DUQUE — Muy bien. Por usted no hay que preguntar.

P. FLAMINIO — ¿Y usted, Duquesa?

DUQUESA — A las mil maravillas.

P. FLAMINIO ¡Hola, Enriquito!

ENRIQUE A sus órdenes, padre.

P. FLAMINIO (Tomando el asiento que le ofrecen.) Siga, siga la ocupación. Que no sea un obstáculo mi presencia. El trabajo es una virtud.

DUQUESA Aquí hay unas tijeras... Ayúdenos a cortar cupones.

P. FLAMINIO Con mucho gusto.

ENRIQUE ¡Buen refuerzo, mamá! (Con mucha intención.)

DUQUESA Ya lo creo.

DUQUE Yo, con su permiso, voy a continuar la lectura de este diario.

P. FLAMINIO Sin ningún cumplimiento, Duque, sin ningún cumplimiento.

DUQUESA Usted que viene de la calle nos traerá noticias.

P. FLAMINIO Poca cosa; es decir, lo que ustedes ya deben saber: que la agitación aumenta y que se teme para pasado mañana una huelga general.

DUQUE Lo estaba leyendo.

DUQUESA Va a ser imposible la vida con tantas revueltas.

P. FLAMINIO Esos obreritos están dejados de la mano de Dios.

ENRIQUE ¿Y ahora qué es lo que quieren?

P. FLAMINIO Vivir sin trabajar.

DUQUE Aquí se afirma que las autoridades se hallan dispuestas a obrar con la mayor energía.

P. FLAMINIO Hay que hacer un escarmiento.

DUQUESA Esas revoluciones callejeras me dan mucho miedo.

ENRIQUE Total, nada, mamá.

P. FLAMINIO Si se tratara de hombres temerosos de Dios... Pero como el Pueblo está tan relajado y pervertido... Debería tomar ejemplo en la paz que reina en las casas cristianas... En el ambiente sosegado y tranquilo que aquí se respira... ¿Saben ustedes cómo le llaman a este hotel?

DUQUESA Sepámoslo.
P. FLAMINIO El Palacio de oro de la virtud.
DUQUE Esa frase parece inspirada por usted.
DUQUESA ¡Es muy hermosa!
ENRIQUE ¡El Palacio de oro de la virtud! ¡Me suena! ¡Me suena!
P. FLAMINIO ¡Lo confieso con toda humildad!... El señor Duque tiene una sagaz penetración. Se me escapó de los labios el otro día en el palacio de los señores de Ríoalto y la frase ha prosperado... Todos la encuentran muy feliz y sobre todo, muy justa y merecida.

ESCENA III

Dichos y UJIER por el foro.

UJIER Un pliego para el señor Duque.
DUQUE (De muy mala manera.) Bergante... Otra vez pide permiso.
UJIER Perdón, señor Duque.
DUQUE Venga. Puedes irte.
UJIER ¿Se ha incomodado vuecencia?
DUQUE Basta. (Vase el ujier por el foro.)

ESCENA IV

Los mismos menos UJIER.

DUQUESA ¡Qué torpe se vuelve este muchacho!
DUQUE Se le despide y asunto concluído.
P. FLAMINIO ¡Cómo está la servidumbre! ¡Válgame Dios!
DUQUE (Que abrió el pliego.) Un oficio de la Junta de Damas contra la trata de blancas.
P. FLAMINIO Esas nobles señoras se imponen genero-

samente una gran tarea. La corrupción de menores es el crimen social de mayor entidad que puede concebirse. Fruto al fin de la licencia y el liberalismo de de los tiempos modernos...

DUQUE Recaban de mi influencia, que me dirija a la Autoridad competente, para que se extreme la vigilancia en todas las casas de mal vivir, donde según parece, prosigue ese ignominioso tráfico de compra de muchachas de menor edad. Voy a complacerlas al punto; pero ahora recuerdo que mi secretario está ausente... ¿Quiere hacer sus veces, padre Flaminio?

P. FLAMINIO Con mucho gusto y más tratándose de obra tan meritoria.

DUQUE A mi despacho.

P. FLAMINIO Vamos allá. (Vanse el duque y padre Flaminio por la derecha.)

ESCENA V

DUQUESA y ENRIQUE

ENRIQUE Ya estamos solos, mamá; las cinco mil pesetas.

DUQUESA ¿Y las cinco mil que te dí hace ocho días?

ENRIQUE *Largo el plazo me fiais.* Las he gastado.

DUQUESA ¿Pero en qué consumes tanto dinero?

ENRIQUE En gasolina. Me están poniendo en ridículo con esas tacañerías... ¿Soy el heredero de los duques de Bella Mar? No se conoce. Me dedicaré a dar sablazos a todos los que encuentre por la calle.

DUQUESA No eres justo, Enrique. Derrochas una fortuna.

ENRIQUE No me hagas reir, mamá. Estamos per-

diendo un tiempo precioso. Dame esas cinco mil pesetas.

DUQUESA — Esto es intolerable. Ya me he cansado de que abuses de mi cariño.

ENRIQUE — ¡Vaya un cariño! Una madre que...

DUQUESA — ¿Vas a ofenderme?

ENRIQUE — Iba a decir que para ti cinco mil pesetas valen más que tu hijo.

DUQUESA — Te daré mil.

ENRIQUE — ¡Miseria!

DUQUESA — Sean dos mil.

ENRIQUE — ¡Miseria! ¡Miseria!

DUQUESA — Tanto dinero no te doy. Pídeselas a tu padre.

ENRIQUE — Ya salió la eterna amenaza. Bien sabes que nada puedo pedirle a papá, porque no me guarda las debidas consideraciones. Me soltaria alguna de sus zarpadas, como acostumbra, y eso no me resulta. Se las pediré...

DUQUESA — ¿A quién?

ENRIQUE — Al Padre Flaminio... (Con mucha intención.)

DUQUESA — ¿Al Padre Flaminio?

ENRIQUE — Naturalmente.

DUQUESA — ¿Porqué dices eso?

ENRIQUE — No te alarmes tanto, mamá. ¿No es el Padre Flaminio tu... tu limosnero? Le pediré esa limosna.

DUQUESA — (Dirigiéndose a una cómoda que habrá en un ángulo, abriendo con una llave un cajón y sacando de una cartera cinco billetes de mil pesetas, mientras dice aparte.) ¡He de pagar el silencio de mi hijo! ¡Qué humillación! ¡Qué oprobio! (Entregando los billetes a su hijo.) Toma.

ENRIQUE — Eres mi angel tutelar. ¿Te doy un beso?

DUQUESA — No hace falta. Déselo a esa bailarina del «Concierto azul»... A esa Teresita que te ha sorbido el seso.

ENRIQUE — ¡Caramba! ¿Quién te ha informado?

DUQUESA — Todo se sabe... Vete, Enrique, vete.

ENRIQUE — Con mil amores.

(Vase Enrique, por la izquierda.)

ESCENA VI

DUQUESA

DUQUESA ¿Nos habrá sorprendido? Ya es la segunda vez que me hace objeto de sus reticencias... Tendré que darle todo el dinero que me pida.

ESCENA VII

Dicha y el Padre LORENZO, de hábito talar, por el foro

P. LORENZO ¿Hay permiso?

DUQUESA ¡Ah! El Padre Lorenzo... Bienvenido sea.

P. LORENZO ¿No hay novedad en su salud?

DUQUESA Ninguna... Cuanto tiempo sin verle.

P. LORENZO (Después de haber tomado ambos asiento.) No es culpa mía... Mi voluntad está secuestrada, señora Duquesa.

DUQUESA Mi esposo y el Padre Flaminio se encuentran escribiendo en el despacho.

P. LORENZO No hay que interrumpirles.

DUQUESA Por cierto que el Padre Flaminio, ha tenido para nosotros una frase feliz, que ha hecho fortuna en la alta sociedad.

P. LORENZO ¿Qué frase?

DUQUESA Dícese que nuestro hotel es el palacio de oro de la virtud... ¿Qué le parece?

ESCENA VIII

Dichos y el DUQUE, por la derecha

DUQUE Acaban de decirme que ha llegado usted y vengo un momento a saludarle.

P. LORENZO Se lo agradezco mucho.

DUQUE Dejé al Padre Flaminio en el despacho, cumplimentando por escrito los deseos de la Junta de Damas contra la trata de blancas. Luego hablaremos, así que demos fin a nuestra tarea.

P. LORENZO Como guste... ¡Ah! Un momento, señor Duque. A propósito de la trata de blancas, le traigo un precioso objeto. Tome usted. (Le entrega un retrato.)

DUQUE (Aparte, absorto.) ¡Teresita!

DUQUESA ¿Qué es ello?

P. LORENZO ¡Un niño Jesús!

DUQUE (Haciendo mutis por donde vino.) ¡Oh! Oh!

ESCENA IX

Padre LORENZO, DUQUESA

P. LORENZO ¿De modo que usted quiere conocer mi opinión?

DUQUESA Aunque ya la adivino.

P. LORENZO En primer lugar, señora Duquesa, es casi imposible, ó muy difícil, que la virtud, la verdadera virtud, pueda contenerse, conforme se dice en la frase, en un palacio de oro.

DUQUESA ¿Cómo?

P. LORENZO La virtud, *en sí*, es muy humilde, señora Duquesa, y no gusta de mantos de seda, ni terciopelo, ni aun siquiera de sotanas.

DUQUESA ¡Me sorprende con este lenguaje!

P. LORENZO Es el lenguaje de la verdad, también muy claro y sencillo, cuando se halla desprovisto de bajas adulaciones... En segundo lugar; para que la frase pudiera admitirse, fuera preciso que ustedes, los moradores de este palacio, se impusiesen verdaderos sacrificios de abnegación cristiana.

DUQUESA Padre Lorenzo... Soy sierva de Jesús, y dispuesta me hallo a seguir sus consejos.

P. LORENZO Que me place, hija mía... Aquí se hallan fijas las miradas de todo el mundo. El lujo y la opulencia brillan mucho y atraen las miradas de las gentes... ¿Dice que quiere seguir mis consejos?

DUQUESA Lo anhelo con toda el alma.

P. LORENZO Por lo pronto, será conveniente que mude de Padre Limosnero... Le recomiendo al Padre Domingo para este cargo.

DUQUESA ¡Oh!

P. LORENZO Se trata de un anciano venerable. Su noble fisonomía... sus cabellos blancos... todo induce en su persona a poner respeto en los labios.

DUQUESA (Confundida y avergonzada.) ¡Está bien!... ¡Está bien!...

P. LORENZO ¡Se ha puesto nerviosa! ¡Calma!... ¡Calma!...

ESCENA X

Dichos y Padre FLAMINIO, por la derecha.

P. FLAMINIO ¡Padre Lorenzo!

P. LORENZO (Levantándose.) Llega en buena ocasión. Tranquilice a la señora Duquesa.

P. FLAMINIO ¿Qué ocurre? (Acercándose con mucho interés a la Duquesa.)

DUQUESA Nada... No es nada.

P. FLAMINIO La encuentro muy sofocada... ¿Tiene algún disgusto? Por Dios, señora Duquesa. Cálmese. Tenga en cuenta que más padeció Jesús en el Calvario por todos nosotros.

P. LORENZO (Indignado.) ¿Qué escucho? ¿Cómo se atreve usted a mancillar el nombre de Jesús, mezclándolo en sus pasiones y contubernios?

P. FLAMINIO ¿Qué está diciendo?

P. LORENZO Basta de falaces comedias, Padre Flaminio. Retírese al punto de mi presencia.

P. FLAMINIO ¡Padre Lorenzo!

P. LORENZO Fuera de aquí el sacerdote indigno.

P. FLAMINIO ¡Esas palabras!

P. LORENZO Váyase el Tenorio ridículo.

DUQUESA ¡Qué bochorno! ¡Qué vergüenza!

P. FLAMINIO Pero...

P. LORENZO Váyase el mal jesuíta, sino quiere que le cruce el rostro con la mano...

P. FLAMINIO ¡Horror!

P. LORENZO ¡Fuera! ¡Fuera!... (Señalando al foro con gran energía.)

(Vase el Padre Flaminio por el foro.)

ESCENA XI

DUQUESA, Padre LORENZO

DUQUESA ¿Qué ha hecho usted, Padre Lorenzo?

P. LORENZO Calle también la indigna sierva de Jesús.

DUQUESA Soy la duquesa de Bella Mar.

P. LORENZO ¡Rinda su orgullo la mujer culpable!... ¡Caiga a los pies del sacerdote la esposa adúltera!...

DUQUESA (Aterrada.) ¡Jesús!... (Cayendo de rodillas a los pies del Padre Lorenzo.) ¡Perdón!... Padre... ¡Perdón!...

P. LORENZO ¿Y este es el palacio de oro de la virtud? ¡Mentira! ¡Mentira!

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

CUADRO IX

La sala en «El Concierto azul». Al foro, la boca de un pequeño teatro con tablado practicable. A los lados, los palcos y en el centro dos hileras de sillas o butacas.

ESCENA I

Aparecen ocupadas todas las localidades. En uno de los palcos laterales inmediatos al escenario, ENRIQUE con sus amigos. Sobre el tablado, vestida con el traje adecuado, una «coupletista» canta, acompañada por la orquesta, una pieza o varias de su repertorio conforme a las exigencias del público, procurándose que esta audición musical revista todos los caracteres propios de este género de espectáculo. Terminado este número se retira la «coupletista». Suena un timbre y al son de la propia orquesta aparece en el tablado TERESA, cubriendo su traje vistoso y típico con una capa de torero cuajada de bordados, conforme se estila en tales casos, para hacer la presentación en forma de pasacalle. Enrique y los suyos y parte del público que aparece en escena, como obedeciendo a una consigna, protestan ruidosamente con silbidos y gritos de ¡Fuera! ¡Fuera! Teresa sigue su pasacalle hasta que se hace mayor el escándalo. Se adelanta entonces al proscenio del pequeño teatro, y dice:

TERESA — **Me retiro; pero conste que los que gritan han venido expresamente para armar escándalo, pagados por el duquesito de Bella Mar. A cada cual lo suyo. Buenas tardes.** (Vase Teresa y se recrudece el escándalo, aplaudiendo unos y protestando otros.)

MUTACIÓN

CUADRO X

Telón corto de corredor en «El Concierto azul»

ESCENA I

Aparece Don FELIPE, por la derecha

FELIPE — Unos que sí... Otros que no... Aquellos silbando... Otros aplaudiendo... Vaya un escándalo el que se ha producido por el atrevimiento de esa muchacha... Ande el movimiento, como suele decirse. Yo, nada pierdo. El caso es que mañana se hable en todas partes de «El Concierto azul» y de la bronca de esta tarde. Unos cuantos llenos y a vivir... Esta muchacha acabará por volver locos a todos los señoritos de la peña. ¡La linea voluptuosa! ¡Oh! ¡La línea voluptuosa! ¡Ella!

ESCENA II

Dicho y TERESA, por la izquierda

TERESA — Ya lo ha visto usted. No me han dejado terminar el número.

FELIPE — Pero, ¿qué has hecho, Teresita? ¿Qué has hecho?

TERESA — Defenderme.

FELIPE — Le has puesto en berlina.

TERESA — Que sepan todos a que atenerse. ¡Que se fastidie!

FELIPE — ¿Lo dices con esa calma? Yo creí que te hallarías acalorada... Nerviosa.

TERESA — ¡Bah! A mí no me preocupa nada de lo

que ha ocurrido. Salgo al tablado a cumplir con mi obligación. Hago todo lo que sé por complacer al público... No es mía la culpa si vienen a protestar de mala fé. Eso es lo que el Duquesito quisiera. Darme un disgusto encima. Es digno de lástima. No me conoce.

FELIPE Veo que te pones en razón. Compadécele. Por ahí vas por buen camino. No seas tonta, Teresita. Hoy tiene dinero fresco. Saquéale. Aprovecha la ocasión.

TERESA Que se lo guarde.

FELIPE Me consta que se ha encariñado de tí como un loco.

TERESA ¡Cariño!... No le llame cariño a lo que él siente por mi. Acostumbrado a realizar todos sus caprichos... viendo que una mujer le resiste y con la idea de que el dinero todo lo alcanza, se siente despechado al ver que nada consigue. Quiere satisfacer el deseo que le mortifica. En una palabra; quiere salirse con la suya.

FELIPE No, Teresita, no. Le considero capaz hasta de matarse por tí.

TERESA Bueno. Que se mate y luego ya veremos. Aquí viene. Adios.

(Vase Teresa, por la derecha.)

ESCENA III

Don FELIPE

FELIPE Tiene el pecho más duro que un pedernal. Cualquiera la conoce.

ESCENA IV

Dicho y ENRIQUE, por la izquierda

ENRIQUE ¿Qué dice Teresa?

FELIPE Acabo de darle un buen jabón. Constancia, don Enrique. Caerá.

ENRIQUE ¿De veras, Felipe? ¿Te doy un abrazo?

FELIPE Venga el abrazo.

ENRIQUE Si consigues que Teresa se rinda, te pago la reforma que quieres hacer en el local.

FELIPE Aceptado.

ENRIQUE ¿En qué te fundas? ¿Te ha dado alguna esperanza? Yo creí que estaría hecha una fiera.

FELIPE Al contrario. La hallé más fresca que una rosa y más blanda que un guante.

ENRIQUE ¡Cuidado que es monísima!

FELIPE Hemos dado un gran paso, don Enrique. Dice que es usted digno de lástima.

ENRIQUE ¿De veras? ¿Eso ha dicho? ¡Oh, felicidad!

FELIPE Palabra de honor.

ENRIQUE ¡Monísima! ¡Monísima!

FELIPE En mi concepto...

ENRIQUE ¿Qué debo hacer? ¡Guíame!

FELIPE Advierto a usted, don Enrique, que la reforma del local supone un gasto lo menos de dos mil pesetas.

ENRIQUE No importa... No importa... Dime lo que debo hacer.

FELIPE Deje transcurrir algunos minutos y luego vaya a verla a su cuarto.

ENRIQUE Bien pensado. Adelante.

FELIPE Con mucho humildad le pide perdón.

ENRIQUE ¡Magnífico! Me pondré de rodillas, si es necesario.

FELIPE Le dice usted que es tan grande la pasión que la profesa, que despechado y ciego cometió la gravísima falta de ofender su decoro artístico, cuando por ella se siente capaz hasta de perder la vida.

ENRIQUE ¡Exito! ¡Exito! Venga esa mano.

FELIPE Confianza por confianza, don Enrique. Mañana tengo que pagar una letrita y me falta un pico.

ENRIQUE ¿Cuánto?

FELIPE Temo abusar... Porque no se trata de un sablazo. ¿Eh? No se trata de un sablazo.

ENRIQUE ¿Cuánto necesitas?

FELIPE Con trescientas pesetas salgo del apuro.

ENRIQUE Toma. (Saca de una cartera tres billetes de cien pesetas y se los entrega a D. Felipe.)

FELIPE Las acepto a cuenta de la reforma.

ENRIQUE Tienes por seguro que...

FELIPE ¿Que se rinde Teresita..? Ya lo creo. Como que hemos hallado su flaco.

ENRIQUE Ahora pasemos a otra cosa. Hay que evitar que trascienda fuera de aquí el escándalo de esta noche. Teresita ha sacado a relucir mi nombre y no conviene que mi familia se entere. Mi papá tomaría un disgusto muy serio y mi madre, no digamos nada. ¡Como son tan rancios en sus costumbres! ¡Y tan pacatos!

FELIPE Comprendo su temor...

ENRIQUE Por lo pronto, la Prensa callará. El único reporter que había en la sala .. ese muchacho que escribe en *El Porvenir*...

FELIPE ¿Marchemita?

ENRIQUE El mismo. No dirá nada. Le he regalado seis tabacos habanos... Todos los que llevaba encima.

FELIPE No confíe demasiado. Conozco a Marchemita. Ese chico es capaz de fumarse los cigarros y publicar la noticia.

ENRIQUE ¡Diablo!

FELIPE No se apure. Yo me encargo de...

ENRIQUE ¿Y la policía?

FELIPE Nada hay que temer. La policía se entiende conmigo.

ENRIQUE Me tranquilizas, Felipe. ¿Pero has visto que osadía de muchacha?

FELIPE Teresita es mujer de mucho cuidado.

ENRIQUE Comienza el pasacalle con más gracia que nunca... Al principio no hace caso del vocerío... Luego se adelanta y suelta aquella andanada que me deja estupefacto. Vamos; hay para comérsela a besos.

FELIPE La fortuna ha sido que el público esta tarde se halla retraído y sólo han acudido al concierto los amigos de usted, porque la quieren mucho y no hubieran consentido en semejante atropello.

ENRIQUE Gran artista no es, y sin embargo se ha convertido en el ídolo de este Concierto.

FELIPE Débese al cuerpo que tiene y a la gracia con que sabe moverlo.

ENRIQUE ¡Un cuerpo escultural!...

FELIPE Eso consiste en ciertas líneas y en ciertos perfiles. ¡Hay detalles!... ¡Hay detalles preciosos!

ENRIQUE Le oigo embelesado.

FELIPE ¿No se ha fijado usted en el golpe de la cadera derecha?

ENRIQUE ¿Qué si me he fijado? ¡Y tanto!

FELIPE ¿Y en el cimbreo de la cintura cuando da la vuelta?

ENRIQUE ¿Que parece que vaya a quebrarse?

FELIPE Cabal. Ahí está la línea voluptuosa.

ENRIQUE Todos sus detalles me tienen loco. ¿Y cuando se pone ambas manos sobre la cintura?

FELIPE Una ánfora romana.

ENRIQUE Exactamente. Has encontrado la imagen.

FELIPE Yo también me fijo, don Enrique. Y no soy yo solo. Aquí vienen muchos que saben a Teresita de memoria.

ENRIQUE Gusta, ¿no es verdad?

FELIPE ¿Qué si gusta?... Hay individuo que viene al concierto con unos ojos que parecen ojales y los saca luego más grandes y abiertos que una plaza de toros.

ENRIQUE No perdamos más tiempo. Vaya a ver a Marchemita. Prométale en mi nombre...

FELIPE No. No conviene abrirle el apetito con demasiada esplendidez.

ENRIQUE A tu cargo lo dejo. Yo iré a ver a Teresita.

FELIPE Todavía no... Que tome algún sosiego.

Diplomacia. Hay que tener diplomacia.

ENRIQUE Bueno. Vamos. Luego iré.

FELIPE Caeré, don Enrique, caerá.

(Vanse por la izquierda.)

MUTACÓIN

CUADRO XI

El camerino de TERESA en «El Concierto azul»

ESCENA I

TERESA, sentada, abstraída en sus pensamientos

TERESA Esta tarde... No pasa de esta tarde. (Se levanta y abre un cajón de una mesilla contigua.) A ver el frasco. Aquí está el veneno. ¡Qué bien se han disuelto las pastillas del sublimado en el agua! Y este veneno es de los más fuertes... Unos cuantos sorbos y se acabaron las penas. (Deja el frasco encima de la mesilla y se sienta de nuevo.) Ya tengo la müerte al alcance de la mano. ¡Pensar!... ¿En qué he de pensar? No tengo a nadie que llore mi muerte... Ni padres, ni hermanos... Solo Miguel. ¡Ay! Cada vez que pienso en Miguel la pena me arranca un suspiro... ¡Pero qué hondo!.. ¡Qué hondo! Miguel lo sentirá un día... dos; pero al cabo me echará en olvido y se casará con otra... ¡Y serán felices!.. Alguna vez pasará la imagen de Teresa por su imaginación... Y nada más... ¡Nada más! ¿No sería mejor que?.. Vuelta a mi manía... Suponiendo que se casara conmigo por agradecimiento, siempre llevaría dentro la espina. Yo no soy la mujer pura y honrada que él apetece... ¡La virgen de sus ensueños! Bien

claro me lo dijo... Pasemos por toda clase de escrúpulos. Ya somos matrimonio. Me miraría con recelo. Vigilaría todos mis pasos y si tuviéramos un hijo, pensaría que no era suyo... ¡No puede ser! ¡No puede ser!... Solo hay otro camino que seguir. El del silencio. Entonces nada sabe. Se casa conmigo con toda la ilusión de su alma... Me adora como a una virgen... ¡Y yo callando! ¡Haciéndole traición! Tampoco... Tampoco. están cerrados los dos caminos. (Levantándose y paseando.) ¡Estoy sudorosa! Pero el sudor es frío... Frío como la nieve... Helado como la muerte que me espera. (Vuelve a tomar asiento.) ¡Qué fatiga! No puedo tenerme en pie... (Pausa. Vuelve a reanudar sus pensamientos.) Hay otra solución... Caer en brazos del Duquesito. Entregarme al vicio. A la crápula. ¿Y qué? ¿Qué fin es el que me aguarda? ¡Probablemente el Hospital! ¡Mi cuerpo en manos de los médicos!.. ¡Qué horror!.. (Se levanta de nuevo.) ¿Qué hacer? ¡Dios mío! ¿Qué hacer? (Se fija en una rosa que habrá sobre la mesilla.) ¿Qué dirá esta rosa? Sepámoslo. (La coge y arranca uno por uno sus pétalos, diciendo.) Sí... No... Sí... No. (Sigue luego la operación en silencio, muy nerviosamente.) El último pétalo... No. La rosa dice que no... Que no quiere que me mate. ¿Y ella qué sabe? ¿Tiene, acaso, corazón? ¿Sufre como yo estas penas tan profundas y amargas? (Arroja el tallo al suelo, exclamando.) No te creo. ¿Qué encantos me ofrece la vida? Ninguno... ¿Ver a Miguel en brazos de otra mujer?.. No podría soportarlo. Vuelvo a mis dudas. ¿No me sacaría el Jerez de estas inquietudes? Tomaré un vaso bien lleno. (Se acerca a un velador donde habrá una botella y llena un vaso, pero al ir a beber lo retira de sus labios.) No. No. Hasta el olor me repugna... No

es con vino como he de sa'ir de mis ansias. Es con veneno. (Suenan dos golpecitos dados a la puerta.) ¿Quién llama? (En alta voz y muy sobresaltada.)

ENRIQUE (Dentro, con voz humilde.) Soy yo, Teresita.

TERESA No estoy para nadie.

ENRIQUE No sea cruel conmigo. Vengo a pedirla perdón.

TERESA Perdonado. Váyase.

ENRIQUE Abre, Teresita. Te lo ruego.

TERESA ¡Qué contratiempo! Es tan terco, que es muy capaz de no irse y de abrir de un golpe la puerta... ¿Tomo el veneno? No. No. Caería moribunda en sus brazos... Sería testigo de mi agonía.

ENRIQUE ¿Qué dices? No me iré hasta que oigas mis excusas.

TERESA ¿Como alejarle... ¡Ah! ¡Qué pensamiento tan feliz! (Se acerca a la puerta y la abre, diciendo.) Bueno. Adelante.

ESCENA II

Dicha y ENRIQUE, por el foro

ENRIQUE Teresita: es tan grande la pasión que te profeso, que despechado y ciego, cometí la gravísima falta de atentar contra tu decoro artistico, cuando por ti soy capaz hasta de perder la vida. ¿Me perdonas?

TERESA Le impongo una penitencia.

ENRIQUE ¿Cual?

TERESA Dígame antes si se halla dispuesto o no a cumplirla.

ENRIQUE La cumpliré.

TERESA Ahorremos palabras. Apunte usted en su cartera.

ENRIQUE Aquí traigo mi carnet con lapiz. Dicta lo que quieras.

TERESA Dolores Baena, coupletista. Calle del Clavel, 72, 4.º, 3.ª.

ENRIQUE Ya está.

TERESA La pobre se halla enferma y sin recursos. Apunte usted. Cien pesetas. Siga apuntando. Angelina Estrada, bailadora. San Roberto, 64, 4.º, 1.ª. Está sosteniendo a su madre y dos hermanas. Quedó sin contrata y no pueden vivir. Ponga. Cien pesetas.

ENRIQUE ¿Hay más?

TERESA Sí. Queda otra. Rosalía Pinzó, tambien bailadora. San Liborio, 12, 4.º, 2.ª. Enferma y en la mayor miseria. Otras cien pesetas. Se concluyó la lista.

ENRIQUE ¿Qué debo hacer?

TERESA Hasta ahora las socorrí yo de mi salario. Esta tarde hará usted una obra de caridad. Irá casa por casa y entregará a cada una de ellas la suma indicada.

ENRIQUE ¿Y ha de ser esta tarde?

TERESA En el acto. Sin perder tiempo. Tal es la penitencia que le impongo.

ENRIQUE ¿Y tú me esperas aquí?

TERESA Sí. Aquí le espero.

ENRIQUE ¿Palabra?

TERESA Palabra.

ENRIQUE Con el auto me hallaré de vuelta antes de una hora.

TERESA ¡Ah! Tráigase los recibos.

ENRIQUE Perdóname si te pido un pequeño anticipo... Un beso, siquiera en la mano.

TERESA Abreviemos. Bese usted. (Le alarga la diestra.)

ENRIQUE (Besándola por tres veces con pasión, diciendo.) ¡Qué linda!... ¡Qué rica!... ¡Qué preciosa!...

TERESA Basta. (Retirando la mano.)

ENRIQUE Hasta luego.

TERESA Hasta luego.

ENRIQUE (Al hacer mutis.) Esto es pan comido.

(Vase Enrique por el foro.)

ESCENA III

TERESA. (Dentro, orquesta con canto de couplet, no cesando hasta la muerte de Teresa)

TERESA No hay tiempo que perder. Le dejaré escritas a Miguel cuatro líneas... ¡Mi último pensamiento! ¡Mi último suspiro!.. Con lápiz mismo... (Se acerca a la mesa, toma un pliego de papel de cartas y escribe.) Ya está... Ahora la firma. Teresa del Valle... ¿Vertirá alguna lágrima?.. ¿Sentirá mi muerte?.. ¡Miguel! ¡Miguel! (Solloza. Levantándose bruscamente.) Basta de ruindades y flaquezas. El veneno... El veneno. (Toma el frasco y apura el contenido.) Así se hacen las cosas. Ya no hay remedio .. ¡Ay! ¡Qué escozor! Parece que me hayan pasado interiormente un hierro encendido. (Pausa.) ¡Qué malestar! ¡Así empiezan las ansias de la muerte!.. ¡Me queman el pecho!.. ¡Me desgarran las entrañas!.. ¡Socorro!... No. Socorro no. ¡Quiero morir!... ¡Quiero morir!... ¡Qué angustia!... ¡No es veneno; es fuego lo que he tomado!... ¡Me abraso!... ¡Me abraso!... ¡Un cuchillo!... ¡Un cuchillo para matarme pronto!... ¡Madrecita mía!... ¡Desfallezco!... ¡Me muero!... ¡Me muero!... ¡Miguel!... ¡Miguel!...

(Cae muerta.)

ESCENA IV

Dicha y MIGUEL y el Padre LORENZO, por el foro

MIGUEL (Adelantándose.) ¡Teresa! ¡Teresa!... ¿Qué miro? ¿Tendida en el suelo? ¿Y este olor a

Jerez? ¡Ah! Ya comprendo. (Se dirige al Padre Lorenzo.) ¿No quería cerciorarse por si mismo? Cerciórese. Ahí la tiene victima del Jerez. Se ha embriagado hasta perder el sentido. (Dejándose caer desalentado en una silla.) ¡Qué pena! ¡Qué desesperación!

P. LORENZO — A ver... (Llegando hasta Teresa. Le toma el pulso. Le pasa la mano por la frente. Le abre los ojos y al cerciorarse de que está muerta, dice por lo bajo.) ¡Qué horror!... (Luego se levanta, se dirige a la mesa y tomando el frasco, esclama.) ¡Este frasco! ¿Y esta carta..? ¿Qué dice? (Lee por lo bajo.) ¡Infeliz! ¡Se ha sacrificado! ¡El dinero infame ha sido su verdugo! ¡Desdichada mujer! ¡Pobre Pueblo! ¡Qué amargo es el fruto de tus miserias y dolores!

MIGUEL — ¿Que está diciendo?

P. LORENZO — Valor para todo, Miguel... Este es el frasco que contenía el veneno.

MIGUEL — ¡El veneno!

P. LORENZO — Lea usted.

MIGUEL — (Leyendo.) «Muero por tí, Juan Miguel, porque te quiero con toda el alma y no puedo ofrecerte la pureza de mi cariño.» ¡Ah! ¡Qué revelación!... ¡Teresa!.. ¡Flor de mi vida! .. (Se abraza al cadaver con grandes trasportes de dolor.)

P. LORENZO — (Con acento solemne.) ¡Aqui está el oro de la virtud!... ¡Pobre Teresa!

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

CUADRO XII

La decoración del acto primero en el Palacio de los Jesuitas

ESCENA I

Aparecen en escena los Padres FLAMINIO, AGUSTÍN y LEOCADIO, quienes se hallan conferenciando en voz baja. Sale por la derecha el Padre MENDOZA con gran precipitación, diciendo:

P. MENDOZA ¡Estalló la huelga!

P. AGUSTÍN Lo que se temía.

P. MENDOZA Dicen que presenta mal cariz. Acaban de noticiármelo.

P. LEOCADIO ¡Y nosotros aquí desarmados!

P. FLAMINIO Padre Agustín, no debió usted haberlo consentido.

P. MENDOZA ¿Qué hacemos ahora a merced de las turbas?

P. AGUSTÍN No hubo más remedio que prestarle obediencia. Tal fué el mandato del Padre General.

P. FLAMINIO Haber reservado secretamente algunos fusiles.

P. LEOCADIO Eso sí que pudo hacerse.

P. AGUSTÍN No caí en ello.

P. MENDOZA Afortunadamente la Autoridad nos mandará un piquete de la Guardia civil.

P. FLAMINIO Lo extraño es que ya no hayan venido.

P. AGUSTÍN No. No vendrá el piquete.

P. MENDOZA ¿Y eso?
P. LEOCADIO ¿Por qué razón?
P. FLAMINIO Explíquese, Padre Agustín.
P. AGUSTÍN Porque lo ha prohibido terminantemente el Padre Lorenzo.
P. FLAMINIO ¡Maldición!
P. LEOCADIO Eso más.
P. MENDOZA ¡Ese hombre trata de perdernos!
P. FLAMINIO ¡Vamos a ser víctimas de la plebe!
P. AGUSTÍN No hay que exagerar tanto el peligro. Las puertas están blindadas.
P. MENDOZA Buen remedio. Las volarán con dinamita.
P. AGUSTÍN Pero la Autoridad no nos dejará desamparados.
P. LEOCADIO Según la fuerza que traiga el movimiento.
P. FLAMINIO Hemos obrado con poca energía. Debimos apoderarnos de su persona.
P. LEOCADIO Eso.
P. MENDOZA Eso.
P. AGUSTÍN Atención. De un momento a otro debe llegar el telegrama urgentísimo que he reclamado de Roma. Concedida la autorización procederemos a su arresto.
P. FLAMINIO ¿Y si tarda ese despacho?
P. MENDOZA ¡Somos perdidos!
P. AGUSTÍN No hay más remedio que cumplir con las prescripciones de la Orden. No es posible llevar a cabo semejante violencia sin hallarnos debidamente autorizados.
P. FLAMINIO ¡Bendito telegrama!...
P. MENDOZA ¿Cuándo lo espera usted?
P. AGUSTÍN Ya he dicho que debe llegar de un momento a otro. Fíjense en lo que voy a decir y no se entreguen a la desesperación ni al desaliento. Si al recibir el parte nos halláramos con él en conferencia y si la orden es de arresto como espero, yo besaré el despacho, diciendo, ¡bendito sea! Esta será la señal.
P. FLAMINIO Al instante nos arrojaremos sobre él.

P. Mendoza Coartaremos su acción entre todos.
P. Leocadio Si se resiste le hacemos añicos.
P. Mendoza Le despedazamos.
P. Flaminio ¡Muera el Padre Lorenzo!
Todos ¡Muera! ¡Muera!

ESCENA II

Dichos y Hermano JESUÍTA por la derecha.

Hermano ¡El Padre Lorenzo!
P. Agustín ¡Silencio!
P. Leocadio ¡Prudencia!
P. Mendoza ¡Calma!
P. Flaminio ¡Disimulo! (Se sientan tomando una actitud seráfica y humilde.)
P. Agustín Váyase, hermano. Ya ha cumplido con su deber. (Vase el Hermano por donde vino.)

ESCENA III

Dichos y el Padre LORENZO en traje talar, por la derecha

P. Lorenzo Ya suponía que les hallaría aquí reunidos.
P. Agustín Aquí estamos, reverendísimo Padre.
P. Lorenzo No manchemos los labios con mentiras superfluas. Ustedes me odian. ¡Conspiran contra mí! Fulminan sobre mi frente los rayos de sus iras... Se dirigen a Roma haciéndome objeto de los cargos más injustos y violentos.
P. Agustín Se equivoca el Padre Lorenzo... Tratábamos cuando llegó, de los asuntos más urgentes del día... de la agitación del Pueblo, que tiene visos de alcanzar formidables proporciones.

P. LEOCADIO No dude el Padre de nuestra más profunda sumisión.

P. MENDOZA Las apariencias han debido engañarle.

P. LORENZO Siempre el mismo procedimiento. No en vano se dice en nuestro desdoro que tal es el procedimiento jesuítico. Yo me he expresado en semejantes términos, por ver si provocaba una mísera explosión de sus agravios contenidos.

P. LEOCADIO No tenemos ningún agravio.

P. MENDOZA Ni ningún odio que guardar.

P. LORENZO Basta. No sigan por ese camino... ¿Por qué me odian? Díganlo sin temor alguno: señalen las faltas que hayan encontrado en mi conducta... Me opuse a que hiciésemos armas contra el pueblo, porque consideré que esta conducta era indigna de los soldados de Jesús... ¿No es esto lo más cristiano? ¿Lo más puro?

P. AGUSTÍN Lo es, reverendísimo Padre.

P. MENDOZA No puede negarse.

P. LORENZO Advertí con desagrado, que no es lícito a un sacerdote derrochar tanto dinero en humo, mientras hay muchos que carecen hasta de lo más necesario... ¿Me habéis hecho por tal medida objeto de vuestros rencores?

P. AGUSTÍN No, reverendísimo Padre.

P. LEOCADIO No.

P. MENDOZA No.

P. LORENZO Indiqué a la duquesa de Bella Mar la conveniencia de que eligiera otro limosnero... ¿Hice mal? Que lo diga el Padre Flaminio.

P. FLAMINIO Pero el Padre Lorenzo me arrojó ignominiosamente del palacio de la señora Duquesa...

P. LORENZO Le arrojé como merecía... Hay que honrar la sotana... El Padre Flaminio olvidó que no la lleva él sólo.

P. FLAMINIO Protesto contra la maledicencia y la calumnia que ofuscan al Padre Lorenzo.

P. LORENZO No... No tenía atenuantes su conducta... Usted no sabe que la Duquesa cayó a mis pies confesándome la verdad...

P. FLAMINIO (Ap.) ¡Qué torpeza de mujer!

P. LORENZO Yo procuro inspirar todos mis actos en la más severa justicia... ¡Lástima me dan ustedes!... ¡Ya veo que es imposible llevar a cabo mi proyecto! ¡El pensamiento es hermoso! ¡Muy hermoso! Pero hay que decirlo en alta voz, sin desmayos ni cobardías... Es irrealizable. No porque no sea en su esencia verdadero, sino porque Jesús ya no recibiría en su seno a los Jesuítas... Sacerdotes indignos nos hemos hecho incompatibles con la sublime doctrina del Maestro... Nos hemos manchado con la adulación a los ricos y el desprecio a los pobres... Somos pérfidos, egoístas, hipócritas... Manzanas de oro llenas de gusanos por dentro. Dolor causa decirlo, pero hay que escribir a la puerta de la morada de los Jesuítas, la frase que el Dante escribió a la puerta del Infierno: ¡No hay esperanza!

ESCENA IV

Dichos y el Hermano JESUÍTA, por la derecha, con un telegrama

HERMANO ¿Hay licencia?

P. LORENZO Adelante.

HERMANO Padre Agustín. Un telegrama urgentísimo de Roma.

P. AGUSTÍN Venga. Venga. (El hermano Jesuíta le entrega el parte y vase por donde vino.)

ESCENA V

Los mismos menos el Hermano JESUÍTA

P. AGUSTÍN (Después de haber leído el despacho y besándolo.) ¡Bendito sea! (Al oir esta exclamación todos los Padres Jesuítas se abalanzan sobre el Padre Lorenzo.)

P. FLAMINIO Ya llegó la hora de la Justicia.

P. LEOCADIO ¡Traidor!

P. MENDOZA ¡Infame!

P. FLAMINIO ¡Masón! ¡A la mazmorra!

P. LEOCADIO ¡A la mazmorra!

P. LORENZO ¡Desdichados! ¡Desdichados!

P. AGUSTIN ¡Bájenle por la escalera interior. (Llévanse violentamente al Padre Lorenzo por la derecha, todos menos el Padre Agustín.)

ESCENA VI

Padre AGUSTÍN

P. AGUSTÍN Ya hemos conjurado el peligro, pero me causa algún temor esta violencia... Creo que hice mal en expansionar las iras de los Padres... Se han desatado como furias sin consideración de ningún género... No serán ellos quienes carguen con la responsabilidad... Aqui soy yo el único responsable... De seguro que al conocer el texto del telegrama, él mismo se hubiera entregado a discreción sin oponer resistencia alguna. El Padre Lorenzo es un gran prestigio en Roma. ¡Dios quiera que no tenga yo que arrepentirme seriamente de mi conducta! Ah! El duque de Bella Mar.

ESCENA VII

Dicho y el DUQUE, por la derecha.

DUQUE — Padre Agustín; sin cumplimientos... ¿Ha recibido un telegrama urgentísimo?

P. AGUSTÍN — Aquí está.

DUQUE — ¿Luego?

P. AGUSTÍN — Ya quedó cumplimentado.

DUQUE — ¿Le han detenido?

P. AGUSTÍN — Hace un momento.

DUQUE — ¡Respiro!... Ese Padre Lorenzo pesaba sobre mi ánimo como una losa de plomo.

P. AGUSTÍN — Ya no puede inspirarnos temor alguno. ¿Usted recibió también?...

DUQUE — Otro despacho urgente. Por eso he venido.

P. AGUSTÍN — Hemos triunfado.

DUQUE — Gracias al Sagrado Corazón de Jesús. Si continúa por más tiempo ejerciendo aquí su soberanía nos pierde a todos.

P. AGUSTÍN — Es un visionario. Un loco.

DUQUE — ¿No será un malvado?

P. AGUSTÍN — Creo que no... Padece una gran aberración del espíritu... Pretende convertir a la Compañía de Jesús al cristianismo, como si los Jesuítas no fuésemos los más fieles defensores de Cristo.

DUQUE — ¡Y qué moral la suya! ¡Qué teorías tan extrañas y absurdas sobre el Capital y el Trabajo!... A seguir sus consejos deberíamos los ricos nivelar con los pobres...

P. AGUSTÍN — Se ha dejado influir por las ideas malsanas de este siglo.

DUQUE — Afortunadamente aun hemos llegado a tiempo.

P. AGUSTÍN — La intervención eficaz de usted es la que ha decidido.

DUQUE — Y eso que he tenido que sostener una ruda batalla con mi esposa... Empeñada en que ese hombre es un santo.

P. AGUSTÍN — ¿Cómo? La señora Duquesa se ha dejado sugestionar...

DUQUE — Es una víctima de las predicaciones del Padre Lorenzo... Ya la he sorprendido varias veces con los ojos llenos de lágrimas... Esquiva mi presencia... Hace vida en las habitaciones más retiradas de nuestro palacio... Se ha operado en su conducta un cambio tal que me pone de un humor de los diablos.

P. AGUSTÍN — Es extraño.

DUQUE — No quiere tampoco que la visite el Padre Flaminio... Se opone que continúe siendo su limosnero... Ha nombrado para este cargo al Padre Domingo.

ESCENA VIII

Dichos y el Hermano JESUÍTA, por la derecha.

HERMANO — ¡Padre Agustín!

P. AGUSTÍN — ¿Qué hay? ¿Por qué viene a interrumpirnos?

HERMANO — Empiezan a formarse grupos en actitud amenazadora en torno del edificio.

DUQUE — ¡Me voy! ¡Me voy! Antes que...

P. AGUSTÍN — Sí, sí. Váyase. Que Dios nos proteja a todos.

DUQUE — Adiós, Padre.

P. AGUSTÍN — Que Dios le guíe. (Vase el Duque por la derecha.)

ESCENA IX

Padre AGUSTÍN y Hermano JESUÍTA.

P. AGUSTÍN — ¿Ha observado usted que?...

HERMANO — Sí, señor... He observado que se forman

algunos grupos y se quedan mirando a las ventanas como queriendo decir... Por ahí les arrojaremos a la calle uno por uno.

P. AGUSTÍN ¡Ave María Purísima!

HERMANO Padre Agustín, son muy mala gente.

P. AGUSTÍN ¿Cuántos había?

HERMANO Muy pocos... Pero ya sabe usted que los grupos suelen engrosarse con mucha facilidad... Unos van y otros vienen, mas todos se quedan mirando del mismo modo, como diciendo: Por ahí...

P. AGUSTÍN Ya lo ha dicho usted, hermano; ya lo ha dicho usted.

HERMANO A mí me dan muy mala espina.

P. AGUSTÍN Los disolverá la Guardia civil, como ha ocurrido en otras ocasiones. Nada tema.

HERMANO ¡Hum!

P. AGUSTÍN No comprendo esas desconfianzas...

HERMANO Tantas veces va el cántaro á la fuente que al fin se rompe... (Fuera grandes silbidos.) ¿Oye usted? Ya empiezan los silbidos.

P. AGUSTÍN Si no hacen más que silbar.

HERMANO Deben haberse engrosado los grupos. Para esas abejas la morada de los Jesuítas es como un panal de miel.

P. AGUSTÍN Hermano, le prohibo que eche más leña al fuego. Debe usted tranquilizarse y tranquilizar a los demás en lo posible.

HERMANO Aquí vienen los Padres.

ESCENA X

Dichos y los Padres MENDOZA, LEOCADIO y FLAMINIO.

P. FLAMINIO ¡Ya estamos sitiados! (Fuera los silbidos arrecian y se oye el ruido de los cristales rotos a pedradas.)

P. MENDOZA ¿Oye usted, Padre Agustín?
P. AGUSTÍN Ya nos arrojan piedras.
P. LEOCADIO Si tuviéramos fusiles, haríamos morder el polvo a algunos de esos desarrapados y nos dejarían libres los demás.
P. FLAMINIO Ahora tenemos que permanecer con los brazos cruzados.
P. AGUSTÍN La fuerza pública se encargará de disolverlos.
HERMANO La cuestión es que no asalten el edificio.
P. AGUSTÍN ¿Cómo lo han de asaltar? Las puertas son muy fuertes y están blindadas.
HERMANO Sí, Padre Agustín, pero si arriman un cartucho...
P. AGUSTÍN Calle el Hermano.
P. LEOCADIO Dice bien.
P. MENDOZA El blindaje no sirve.
P. FLAMINIO ¡Fusiles de mi alma!
P. MENDOZA Si cometiesen la felonía de destruir las puertas para dar el asalto, deberemos llevar a cabo la idea que se me ocurre en este momento.
P. FLAMINIO ¿Cuál?
P. LEOCADIO Venga esa idea.
P. MENDOZA Agarrar al Padre Lorenzo y obligarle a que presente la cara al pueblo... Ya que por él nos hallamos aquí desarmados, que nos defienda.
P. FLAMINIO Dios le ha inspirado, Padre Mendoza.
P. LEOCADIO ¡Buena idea! ¡Buena idea!
P. AGUSTÍN No está mal pensado... Puesto que es tan amigo del Pueblo, que se encare con él y que lo disuada.
P. FLAMINIO ¡O que lo maten!
P. AGUSTÍN ¡La tormenta arrecia!... Vamos a ver desde alguna ventana qué cariz ofrece la muchedumbre.
TODOS Vamos... vamos.
HERMANO (Al hacer mutis el último.) ¡Mal cariz! ¡Mal cariz! (Vanse todos por la derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO XIII

Telón corto de prisión abovedada

ESCENA I

Aparece el Padre LORENZO por la izquierda

P. LORENZO ¡Con qué saña se arrojaron sobre mi!... Ya soy su prisionero... Ya me tienen cautivo... ¿Y qué han logrado?... Anular su redención... Matar su única esperanza... Les hablo en nombre de Jesús y no me escuchan... Quiero derramar sobre sus obscuras conciencias luz de libertad y prefieren sombra de esclavitud... Nada les dije que pueda repudiarse como contrario a la piedad cristiana. ¿Cuál era mi deseo?... Reconciliarles con la realidad de los tiempos... Preparar su conversión para que se hiciesen amar por el Pueblo... por aquel Pueblo que acompañara a Jesús cuando hizo su entrada en Jerusalén... ¿Y cómo pagan el bien que trato de hacerles? Arrojándose sobre mí como fieras, como si yo fuese un malhechor... Hasta creo que me darían muerte como hicieron los escribas y fariseos con Jesús... ¡A qué arrebatos conduce la ceguera del espíritu! ¡No les odio por eso! Al contrario, ¡les compadezco!... Yo había soñado para la Compañía un porvenir de oro... Un destino bienhechor... La intervención humilde y piadosa en todos los conflictos de la vida... La armonía entre el Capital y el Trabajo... La paz entre los ricos y los pobres... La Evolución en vez de la Revolución... ¡Son unos desdichados!... ¿Quién viene?

ESCENA II

Dichos y Hermano JESUÍTA por la izquierda.

HERMANO ¡Padre Lorenzo!
P. LORENZO ¿Qué quiere el Hermano?
HERMANO Vengo para decirle que me han nombrado su guardián.
P. LORENZO Está bien. Por ahora no necesito nada. Puede irse.
HERMANO Además...
P. LORENZO ¿Queda aún algo?
HERMANO La verdad, reverendísimo Padre, desearía besar su mano.
P. LORENZO No hay inconveniente. (Le alarga la mano que besa el Hermano.)
HERMANO Si me lo permitiera le diría que...
P. LORENZO Diga cuanto quiera.
HERMANO Que la doctrina que predica me ha tocado en el corazón; pero intentar que la acepten los Padres, es lo mismo que machacar en hierro frío.
P. LORENJO ¿Cree usted que?...
HERMANO Que son incapaces de comprender toda la sublimidad que encierra el pensamiento de usted.
P. LORENZO Así es desgraciadamente... ¿Y usted no es tan Jesuita como ellos?
HERMANO ¿Valga decir la verdad, padre Lorenzo?
P. LORENZO La verdad jamás debe ocultarse.
HERMANO Yo no tengo de Jesuíta ni la sotana.
P. LORENZO ¿Cómo así?
HERMANO Soy más descreído que Voltaire y más receloso y desconfiado que Sancho Panza.
P. LORENZO ¿Cómo ha podido germinar semejante semilla en su cerebro?
HERMANO Por lo que he visto y estudiado. ¿Qué me enseñan aquí? A odiar a mis seme-

jantes en vez de amarles como manda Jesús, sobre todo a los que carecen de medios de fortuna... Aquí no hay más que frío en el corazón y egoismo en el alma... Esto es un desierto... Un páramo... ¿Qué somos los jesuitas?... Unos desgraciados que han tenido el oficio de hacer la desgracia de los demás.

P. LORENZO ¿Y cómo es que sabiendo todo eso pertenece a la Compañía?

HERMANO ¿Y dónde voy?... Aquí se pierde hasta la afición al trabajo. Mi madre se empeñó en que su hijo había de ser Jesuíta... Yo lo fuí sólo por darle gusto a mi madre... Y ahora resulta que no aprovecho para nada.

P. LORENZO ¿Entonces aquí qué hace?

HERMANO Comer.

P. LORENZO Nunca se aprende bastante... No creí que hubiese en el seno de la Orden un ejemplar tan curioso como el que usted me ofrece.

HERMANO No soy yo sólo. Somos muchos. El fracaso que obtienen las hermosas doctrinas de usted estriba precisamente en este modo de ser que le parece tan curioso... Ahora yo soy Hermano. Mañana asciendo y soy Padre. Mi categoría se eleva y mi estómago también... Sigo comiendo, pero mucho mejor que antes... Fumo cigarros habanos en vez de pitillos venenosos y héteme convertido en un Jesuíta perfecto.

P. LORENZO ¡Magnífico! ¡Magnífico! Me ha dado usted la clave de un problema que se ofrecía a mi análisis sin esa claridad... Se lo agradezco.

HERMANO Y dicho esto tengo que darle la noticia de que el Pueblo nos tiene ya cercados.

P. LORENZO ¿Cómo es eso?

HERMANO Desde aquí no se oyen los silbidos porque estamos debajo de tierra, pero arri-

ba parece que nos acosa una legión de demonios... A mí no me causan temor alguno... Me hallo tan fresco.

P. LORENZO Pero bien. ¿Qué hacen los Padres?

HERMANO Maldecirle a usted porque les ha dejado sin armas.

P. LORENZO ¿Querían derramar la sangre del Pueblo?

HERMANO ¡Toma! Es claro.

P. LORENZO ¿Y eso es justo? ¿Y eso lo manda Dios?

HERMANO No, señor, no es justo... pero el caso es seguir viviendo a costa de los ricos. Me voy porque se oyen grandes rumores... Deben ser los Padres. (Váse el Hermano por donde vino.)

ESCENA III

Padre LORENZO,

P. LORENZO ¡Derramar sangre humana los mismos que ensalzan la virtud del sacrificio!... ¡Qué escarnio!... ¡Qué monstruosidad! Aquí vienen. ¿Qué querrán ahora?

ESCENA IV

Dicho y el Padre FLAMINIO y el Padre LEOCADIO por la izquierda.

P. FLAMINIO El Pueblo trata de volar las puertas para dar el asalto.

P. LEOCADIO Miles de hombres nos asedian gritando: ¡Mueran los Jesuitas?

P. LORENZO ¿Y la Fuerza pública?

P. FLAMINIO No acude en nuestro auxilio.

P. LEOCADIO Acaso son ya impotentes para restablecer el orden.

P. LORENZO ¿Y qué quieren ustedes?

P. FLAMINIO Que se venga con nosotros arriba. Por usted hemos quedado indefensos...
P. LEOCADIO ¡Sálvenos usted!
P. FLAMINIO Sea nuestra muralla.
P. LEOCADIO Pónganse el primero frente á las turbas.
P. LORENZO Reclaman con Justicia... Yo debo ser el primero que afronte las iras del Pueblo. ¡Vamos allá! (Vánse todos por la izquierda.)

CUADRO XIV

Sala en el Palacio de los Jesuítas con salida de columnas y arcadas al foro.

ESCENA I

Aparecen el Padre AGUSTIN y el Padre MENDOZA. Dentro se oyen tiros y el ruido de los cristales de las ventanas que caen hechos pedazos. Oyense también gritos de ¡Abajo los Jesuítas! ¡Abajo los Jesuítas!

P. AGUSTIN ¡Qué la Virgen Santísima nos proteja!
P. MENDOZA Harán pedazos las puertas.
P. AGUSTIN ¿Y la Autoridad? ¿Qué hace la Autoridad?
P. MENDOZA Nos abandona a las furias de la plebe.
P. AGUSTIN ¡Qué espanto!
P. MENDOZA ¡Qué gritería!
P. AGUSTIN ¿Oye usted los golpes que dan sobre las puertas?
P. MENDOZA Gracias que están blindadas.

ESCENA II

Dichos y el Padre LORENZO seguido de los Padres FLAMINIO y LEOCADIO y el Hermano JESUITA por la derecha.

P. LORENZO (Llegándose al foro y con voz tonante.) ¡Abranse

las puertas de par en par!... ¡Que entre el Pueblo!... ¡Obedezcan los porteros mi orden!... (Pausa.) ¿Ninguno se atreve?

HERMANO — Yo me atrevo. ¡Voy allá! (Vase el Hermano por el foro derecha.)

ESCENA III

Los mismos menos el HERMANO.

P. LEOCADIO — ¡Somos perdidos!

P. MENDOZA — ¡No tenemos salvación!

P. FLAMINIO — ¡Este hombre nos ha matado!

P. LORENZO — Tiemblan como almas descreídas que no abrigan ninguna fé por la justicia de esa causa... ¡No temblaban así los mártires cristianos que morían en los circos de Roma!... Ya se abrió la puerta... Ya nos invade el oleaje popular.

ESCENA IV

Dichos y el Pueblo a cuyo frente vienen JUAN MIGUEL y OBREROS I y II dando gritos de ¡Abajo los Jesuitas! ¡Fuera los Jesuitas!... Algunos traen hachas encendidas.

MIGUEL — Aquí están.

P. LORENZO — (Adelantándose hacia ellos.) ¡Amigos míos! ¿Qué queréis? ¡Matadme si os place!

MIGUEL — ¡Haroldo Offding!

P. LORENZO — ¡Juan Miguel!

MIGUEL — ¡Alto, compañeros! ¡Este hombre es sagrado para nosotros! ¡Le debo más que la vida!

OBRERO I — ¡A mi también me ha socorrido!

OBRERO II — ¡Y a mí también!

MIGUEL — Retirémonos.

OBRERO I Sí.

OBRERO II Vamos.

P. LORENZO (Deteniéndoles.) Esperad un momento. No marchéis.

P. AGUSTIN ¡Milagro!

P. MENDOZA ¡Milagro!

P. LORENZO ¡Imbéciles! No es milagro... Ya véis que no hacen falta fusiles ni municiones para aplacar las iras del Pueblo. Este es el fruto de la Piedad que obtendríais si practicáseis el Bien como yo os aconsejaba... El Pueblo me respeta porque ha visto que soy bueno. A vosotros, os aborrece porque ve que sois malos... Este es el triunfo de mi doctrina... Ahí quedáis con vuestro falso Jesús hasta que la ola gigante de la civilización os haga desaparecer de la faz de la Tierra. Yo me voy con el Pueblo. Con el Jesús verdadero. Con vosotros, la sombra y la esclavitud. ¡Conmigo, la luz y la Libertad!

MIGUEL ¡Viva!

TODOS ¡Viva! (Váse el Padre Lorenzo con el Pueblo.)

FIN DEL DRAMA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

2.ª ÉPOCA

OBRAS EDUCATIVAS

Emilio Zola o el poder del genio, drama en seis actos.

El Cristo Moderno, drama en cinco actos.

El Monstruo de Oro, drama en seis actos.

Los Dioses de la mentira, comedia en tres actos.

El Sol de la humanidad, drama en cinco actos.

La Sociedad ideal, poema escénico en cinco actos.

La Libertad caída, drama en cinco actos.

La Máquina humana, drama en seis actos.

La Ola gigante, drama en seis actos.

Precio: Dos pesetas.

3TD

BIBLIOTEC[A]

TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21. - BARCELONA

Obras publicadas:

La Princesa del Dollar

La Ola gigante

Seguirá la obra:

EL SEÑOR

CONDE DE LUXEMBURGO

OPERETA EN TRES ACTOS

MUSICA DE

FRANZ LEHAR

Arreglo y adaptación al español por

JOSÉ ZALDÍVAR

Precio: DOS pesetas